

**«Él fue mirado y entonces vio»
(San Agustín)**

**Triduo Pascual de Gioventù Studentesca
Rimini, 28-30 marzo 2013**

INTRODUCCIÓN, JOSÉ MEDINA

Jueves 28 de marzo, por la noche

*Barco Negro
Non son sincera*

Aquí estamos, Señor, pequeños, incapaces, incompletos y, al mismo tiempo, llenos de urgencia, de deseo de encontrarnos con alguien que pueda llenar, colmar la amplitud de nuestro corazón.

Aquí estamos, Señor, fatigados, distraídos con facilidad, ausentes, adormecidos, salvo cuando un dolor punzante o un miedo terrible, anormal, nos hace por un instante ser conscientes de nuestra debilidad y al mismo tiempo de nuestra grandeza.

Aquí estamos, Señor, los que en los momentos más verdaderos dicen: «He nacido y siento que me disuelvo. Como, duermo, descanso y camino, enfermo y me curo, me asaltan ansias y tormentos, gozo del sol y de cuanto produce la tierra. Luego muero y mi carne se convierte en polvo, como la de los animales, que no han cometido pecado. Pero, ¿qué tengo yo más que ellos? Nada, salvo Dios. Si no fuese tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita»¹.

Por este motivo nos reunimos, Señor, para vivir junto a Ti, a tu lado, en estos días, con el deseo de mirar a la cara nuestro ser, nuestro drama: «Sin ti no soy nada, soy una criatura finita». «Ven, Señor, a iluminar mi corazón, a consolar al hombre cansado, a invadir desde lo hondo el corazón de tus amigos. Lava lo que está sucio, riega lo que está seco, sana las heridas que sangran»².

Nos ponemos en pie para cantar *Desciende, Santo Espíritu*

Desciende, Santo Espíritu

En primer lugar, quiero daros las gracias por estar aquí, porque la presencia de cada uno de vosotros, y especialmente las contribuciones que habéis escrito, han sido y siguen siendo para mí un testimonio del poder transformador del Resucitado. Después de haberlas leído y viendo a todos los que habéis venido hasta aquí, ¿sería irracional no decir que Él está aquí! Hay Algo que nos ha movido, que es más grande que nosotros, aunque a veces no nos demos cuenta de ello.

EL HOMBRE ES, ESTRUCTURALMENTE, NECESIDAD VISCERAL DE LO IMPOSIBLE

Escribe una amiga nuestra: «En este último periodo, siento que delante de todas las cosas – escuela, novio, amistades, padres – deseo y espero siempre algo más grande, algo que siento que necesito de forma visceral, algo que sea capaz de hacerme verdaderamente feliz. [...] Me parece una paradoja esperar una belleza [...] porque veo que nada me satisface hasta el fondo, nada ni nadie es tan grande como lo que yo deseo».

¡Qué paradoja! ¡Qué extraños somos! No conseguimos contentarnos con algo que sea más pequeño que el todo. Yo soy de este mundo, de carne y hueso, finito, pero no estoy hecho para cosas de este mundo. Estoy hecho para otra cosa que no es de este mundo. No he nacido para nacer y morir y ya está. Mi corazón, como tu corazón, ansía algo que no puede obtener. Esta paradoja es experiencia cotidiana y familiar para todos nosotros, y resume el drama de nuestra vida, que se percibe vivamente en muchas de vuestras contribuciones. La experiencia dramática de estar vivos, de ser hombres, hoy y siempre.

A cada paso, en cada circunstancia, la realidad desvela la inmensa promesa que necesitamos visceralmente, algo grande capaz de hacerme verdaderamente feliz. Algo o alguien que parece esconderse detrás de todos los fragmentos de la realidad. Algo que es, entre otras cosas, la razón última por la que nos lanzamos a la realidad con pasión. Al mismo tiempo, cuanto más intensamente vives la vida – con pasión – más te das cuenta de que nada que consigas poseer, hacer y vivir puede satisfacerte, en el sentido de hacer desaparecer este deseo. Más aún, cuanto más amas, más quieres ser amado; cuanto más vences, más quieres vencer. Cada victoria, cada relación, todos los encuentros despiertan el deseo, todo está marcado por la nostalgia de algo misterioso, de algo “más allá”. Una nostalgia que es continuamente despertada por la realidad.

Tú, al igual que yo, percibes esta dinámica, esta necesidad visceral, este empuje irresistible hacia un horizonte ilimitado que nunca consigues alcanzar definitivamente, pero que identificamos de forma natural con un ideal de felicidad, de verdad, de justicia, de belleza, de bondad, cuyas orillas no alcanzas a tocar. Esta dinámica, que no nos da tregua, es la grandeza de cada hombre.

Esta noche quiero que escuchéis un pasaje del drama *Calígula*³, de Camus.

H. Buenos días, Cayo.

C. Buenos días, Helicón.

H. Pareces fatigado.

C. He caminado mucho.

H. Sí, tu ausencia duró largo tiempo.

C. Era difícil de encontrar.

H. ¿Qué cosa?

C. Lo que yo quería.

H. ¿Y qué querías?

C. La luna.

H. ¿Qué?
C. Sí, quería la luna.
H. ¡Ah! ¿Para qué?
C. Bueno... Es una de las cosas que no tengo.
H. Claro. ¿Y ya se arregló todo?
C. No, no pude conseguirla.
H. Qué fastidio.
C. Sí, por eso estoy cansado. ¡Helicón!
H. Sí, Cayo.
C. Piensas que estoy loco.
H. Bien sabes que nunca pienso. Soy demasiado inteligente para pensar.
C. Sí. ¡En fin! Pero no estoy loco y aún más: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí de pronto una necesidad de imposible. Las cosas tal como son, no me parecen satisfactorias.
H. Es una opinión bastante difundida.
C. Es cierto. Pero antes no lo sabía. Ahora lo sé. El mundo, tal como está, no es soportable. Por eso necesito la luna o la dicha, o la inmortalidad, algo descabellado quizá, pero que no sea de este mundo.
H. Es un razonamiento que se tiene en pie. Pero en general no es posible sostenerlo hasta el fin.
C. Tú no sabes nada de él. Las cosas no se consiguen porque nunca se las sostiene hasta el fin. Pero quizá baste permanecer lógico hasta el fin. También sé lo que piensas. ¡Cuántas historias por la muerte de una mujer! Pero no es eso. Creo recordar, es cierto, que hace unos días murió una mujer a quien yo amaba. ¿Pero qué es el amor? Poca cosa. Esa muerte no significa nada, te lo juro; sólo es la señal de una verdad que me hace necesaria la luna. Es una verdad muy simple y muy clara, un poco tonta, pero difícil de descubrir y pesada de llevar.
H. ¿Y cuál es esta verdad?
C. Los hombres mueren y no son felices.
H. Vamos, Cayo, es una verdad a la que nos acomodamos muy bien. Mira a tu alrededor. No es eso lo que les impide comer y bailar.
C. Entonces todo a mi alrededor es mentira, y yo quiero que vivamos en la verdad. Y justamente tengo los medios para hacerlos vivir en la verdad. Porque sé lo que les falta, Helicón. Están privados de conocimiento y les falta un profesor que sepa lo que dice.
H. No te ofendas, Cayo, por lo que voy a decirte. Pero deberías descansar primero.
C. No es posible, Helicón, ya nunca será posible.
H. ¿Y por qué no?
C. Si duermo, ¿quién me dará la luna?
H. Eso es cierto.
C. Escucha, Helicón. Oigo pasos y rumores de voces. Guarda silencio y olvida que acabas de verme.
H. He comprendido.
C. Y te lo ruego: en adelante ayúdame.

H. No tengo razones para no hacerlo, Cayo. Pero sé pocas cosas y pocas cosas me interesan. ¿En qué puedo ayudarte?

C. En lo imposible.

H. Haré lo que pueda.

«Pero no estoy loco – decía Calígula –: nunca he sido tan razonable. Simplemente, sentí en mí de pronto una necesidad de imposible. Las cosas tal como son, no me parecen satisfactorias». Es más, cuanto más consciente eres y más presente estás, más sientes la imponente del deseo: «No puedo dormir». Es razonable sentir ese empuje irresistible. Es natural sentir de repente una necesidad de lo imposible, sentir que las cosas tal y como son no parecen satisfactorias, porque tú y yo estamos hechos para lo imposible, y este mundo, tal como es, es demasiado pequeño. Escribe una amiga: «Me doy cuenta, cada vez con más fuerza y más evidencia, de que nada me basta. Esta finitud es desgarradora: las cosas y las personas no pueden responderme, no pueden satisfacer mi deseo. Al final del día [...], tengo un gusto amargo en la boca. Me pasó, por ejemplo, el día de mi cumpleaños. Mis amigos me prepararon sorpresas y me mostraron lo mucho que me quieren, pero por la noche me sentí invadida por la melancolía, porque todo se acaba».

Sentir la necesidad de algo distinto, de algo incomprendible, inimaginable, algo que no sea de este mundo, es natural, es lo más natural para un ser humano. La sed de infinito, de cosas grandes, no la has generado tú; es algo que encuentras dentro de ti. Esa sed de otra cosa, ese deseo de infinito, no limitado por mis capacidades, por el tiempo, no es algo que produzco yo. Es algo que reconozco dentro de mí. Es parte de mi naturaleza que se ve despertada por la realidad. Es la realidad la que grita: ¡Él está! No es algo que construyo yo en mi cabeza. El Misterio se impone en la vida cuando me implico en la realidad, moviendo mi razón y mi afecto, exigiendo una explicación. Estamos obligados por naturaleza a desear, a esperar, a desear algo imposible. Forma parte de la estructura de nuestro ser.

Este deseo de infinito que hay en mí no se puede detener a menos que uno deje de vivir, de sentir, a menos que uno duerma.

Es precisamente este deseo, esta urgencia de algo distinto de mí, lo que nos distingue de los animales, lo que nos hace ser algo más que criaturas finitas. Es ese deseo de otra cosa lo que vamos a cantar juntos ahora: «No me basta esta noche un libro, una canción, o el amor de una mujer [...]. Pero Tú [distinto de mí, no mi empeño o mi esfuerzo], sólo tú puedes llenar el vacío de mi mente». Cantamos juntos.

Liberazione n. 2

LA REDUCCIÓN DEL HOMBRE A CRIATURA FINITA

En general, este deseo no puede ser sostenido hasta el fondo, como dice Helicón. Se trata de un sentimiento común entre nosotros. Escribe una amiga nuestra: «Sin embargo, esta espera me lleva con frecuencia a estar triste, porque veo que la plenitud completa que deseo está a años luz de mi vida cotidiana». Y otro: «Yo, personalmente,

siento dentro de mí una aspiración a algo grande, me cuesta encontrar sus fronteras, [...] y no quisiera que fuese una condena para quien tiene la mala suerte de percibir en su interior esta insatisfacción. [...] Leopardi, que ha vivido más que nadie este deseo, tuvo una vida infeliz».

Debemos tomarnos en serio el desafío que plantean estas objeciones, porque decimos que tenemos este deseo, que hemos experimentado en nuestra vida este deseo, pero con facilidad lo percibimos como una condena, hasta el punto de decir: si no quieres sufrir una desilusión, basta con no esperar. Pero decir esto presupone introducir algo que no procede de la realidad. Es cierto que no es posible para ti cumplir este deseo, pero todo en la realidad, en lo cotidiano, promete algo grande que no soy yo. Es verdad que no te lo puedes dar a ti mismo, te lo debe dar otro. Llegados a este punto, se trata de una cuestión de razonabilidad.

Vivir a la altura de nuestro deseo, vivir al nivel de nuestra razón – a mí me gusta más decir “vivir como hombres” – nos parece insostenible la mayoría de las ocasiones. Ser hombres nos parece una locura insostenible y por eso preferimos ignorar los datos de la realidad, tapando todos los días la vida con nuestros quehaceres, lanzándonos a un torbellino de actividades, tratando de responder a ese vacío con una posesión que está llena de pretensión; nos tapamos los oídos con los auriculares, y así evitamos sentir el impacto de la realidad, nos conformamos con vivir una vida irracional, olvidamos la grandeza de ser hombres, nos conformamos con lo que es posible, como diciendo: «¿Quieres no experimentar la desilusión? Entonces no esperes nada». Nos conformamos con hacer cosas bonitas, incluso buenas, y sentimos el deseo de ser “vergonzosamente felices” como un sueño de la juventud que el tiempo y la edad se ocuparán de disolver.

Esta es la posición más común ante la realidad: don Giussani la llama «descuido del yo»⁴. Escuchad lo que dice Helicón: «Soy demasiado inteligente para pensar. Lo que dices es verdad, es una opinión bastante difundida. Es un razonamiento que se tiene en pie. Pero en general no es posible sostenerlo hasta el fin. Por eso no pienses en él. Los hombres mueren y no son felices. Es una verdad a la que nos acomodamos muy bien. Mira a tu alrededor. No es eso lo que les impide comer y bailar».

Lo que dice Helicón es algo que está dramáticamente presente en cada uno de nosotros. Con frecuencia tenemos miedo de ser hombres, de ser razonables. Sentimos que no tenemos la energía suficiente para vivir y entonces preferimos olvidar, descuidar nuestro “yo”, olvidar la relación con la realidad y, como consecuencia, la relación con el destino. Vivimos en una desesperación silenciosa, hasta el punto de que percibimos el brotar de nuestro deseo como una condena.

Esta es la tentación del hombre: nos parece mejor dejarnos morir que llevar a cabo el esfuerzo de vivir. Nos parece mejor reducir nuestra existencia a la espera de un sueño nebuloso en el futuro, mientras vivimos un presente que no satisface; o incluso resignarse a una vida sin sentido.

Nos rendimos, volviéndonos irracionales, aterrorizados por nuestra naturaleza, ignorando el impacto que produce en nosotros la realidad, porque es más fácil ceder a la desesperación (usando la distracción o el sueño) que tener el valor de sostenerse en el camino. Es como si hubiese en nosotros una herencia asesina. Dice el *Libro de la*

Sabiduría: «Dios creó al hombre para la felicidad, pero el hombre busca la muerte»⁵. La condena consiste en ignorar, en dejar mi “yo” a un lado, porque en la medida en que olvido e ignoro el impacto del ser, de algo que viene de fuera de mí, lo que se acaba imponiendo es la afirmación violenta de lo que me apremia, de mi instintividad o, peor aún, el escepticismo que tiene como único resultado final el aburrimiento y la confusión. Vivir como criatura finita es espantoso, porque cuanto más se olvida uno y menos se compromete, más envejece y más amargamente infeliz es. ¡Todo menos “vergonzosamente feliz”!

Cantemos juntos *Forever Young*, mi canción preferida, porque permite comprender muy bien el drama de esta situación. Yo quiero vivir así, como hombre, pero siento en mi voz el temblor, el miedo a poder decir estas cosas, a poder decir que frente a la vida y a la realidad yo quiero cosas grandes.

Forever Young

VIVIR ESTA DIMENSIÓN ESTRUCTURAL ES PEDIR

Estructuralmente somos necesidad visceral de otra cosa, e incluso aquellos entre nosotros que tienen el valor de vivir su humanidad hasta el fondo sienten esta debilidad, sienten la incapacidad de estar delante de este deseo. Entonces, ¿cuál es la alternativa, si olvidar es irracional? Os repito la pregunta con palabras de un amigo nuestro: «¿Cómo es posible estar contentos cuando nada nos satisface? Cuanto más esperas, ¡más engañado te sientes! [...] Muchas veces me cuesta permanecer en este nivel, y me digo: ¡habría sido mejor no conocer el movimiento! ¿Qué puedo hacer?». Queridos amigos, la insatisfacción es el punto de partida, no el final del camino. Es necesario pasar del impacto inicial, del que ha nacido el deseo, al compromiso que este implica. Si has percibido un deseo, sorprendes dentro de ti una urgencia a la que no puedes responder. Si estás insatisfecho, quiere decir que te falta algo que no tienes. Por tanto, lo que deseas no es tuyo, debes pedirlo, debes pedir que te sea dado. La naturaleza del hombre es deseo, y por tanto, ser hombres, vivir según la dimensión de nuestro deseo, quiere decir pedir. Pedir que resulte posible lo imposible. La naturaleza del hombre – en cuanto ser incompleto, en cuanto abierto a otro – es deseo, y su expresión más adecuada es la petición.

La petición es nuestra libertad en acto. No tenemos más capacidad que la de mendigar; desear en acto es pedir. «Sin petición el deseo es vago y la espera es confusión»⁶.

La petición, la oración, es la expresión más pura de mi “yo”, de mi razón y de mi afecto, de mi corazón. Es el gesto, es mi gesto hacia el Misterio. «Tu deseo es tu oración. [...] No en vano dijo el apóstol Pablo: “Orad sin cesar” (*1 Ts 5,17*). En cualquier cosa que hagas, si deseas a Dios, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo»⁷. «Espero en Ti, Señor». Es petición de poder vivir la verdad de nosotros mismos. Deseo de depender de Ti: «Hágase en mí según tu voluntad». Deseo de ser hombres: «Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme»⁸. Sostenme.

Si tu deseo está delante del Destino, el Padre lo acogerá. Es Otro el que toma la iniciativa, el que sale a tu encuentro. Es el Misterio el que se vuelve familiar para ti, que eres incapaz de ser tú mismo, incapaz de sostenerte con tus propias fuerzas, incapaz de vivir como hombre. Es Cristo el que asegura la consistencia de tu “yo”.

«Pedir juntos a Cristo: esta es la esencia última de la expresión de nuestra vida. Pedir juntos a Cristo [...] hace que la vida se vuelva grande, que se ensanche el corazón sin comparación, y da el ciento por uno aquí, da una dulzura, una ternura y una percepción, un presentimiento de cumplimiento»⁹ que no podéis imaginar.

Esta es la decisión, la decisión más grande de la vida («No yo, sino Tú, Cristo»), una decisión que tiene consecuencias imprevisibles. Pero esta aventura es sólo para hombres audaces, para hombres que deciden estar vivos, para aquellos que desean ser libres, para los que son capaces de quererse de verdad. Este es el desafío para nuestra existencia: la lucha entre la afirmación de sí como criterio último de la dinámica de la vida o la petición de Su presencia, misteriosa y penetrante, como factor constitutivo de mi ser. «Ya no soy yo, sino Tú, Cristo, quien vive en mí». Ya no soy yo con mis proyectos, con mis manos, con mis quehaceres, sino «Tú, Cristo, yo te pido que Tu presencia tome la iniciativa hacia mí». Él se mueve hacia ti. Está aquí para atender tu petición. Lo que puedes hacer es ser hombre, es decir, mendigar a Cristo.

Os leía al principio esta cita de Gregorio Nacianceno: «He nacido y siento que me disuelvo. Como, duermo, descanso y camino, enfermo y me curo, me asaltan ansias y tormentos, gozo del sol y de cuanto produce la tierra. Luego muero y mi carne se convierte en polvo, como la de los animales, que no han cometido pecado. Pero, ¿qué tengo yo más que ellos [que los animales]? Nada, salvo Dios. Si no fuese tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita»¹⁰.

Pidamos a la Virgen, Madre de Dios, que nos proteja, nos despierte y nos acompañe en la aventura de la vida. Cantamos *Romaria*.

Romaria

LECCIÓN, JOSÉ MEDINA

Viernes 29 marzo, por la mañana

Hoy arriesgaré

Povera voce

Quisiera empezar leyendo una cita de don Giussani. El 30 de mayo de 1998, en la plaza de San Pedro, dijo lo que yo intenté deciros ayer por la noche: «La libertad del hombre, que el Misterio siempre implica, tiene su forma de expresión suprema e indiscutible en la *oración*. Por eso la libertad se manifiesta, conforme a su verdadera naturaleza, como adhesión al Ser [...]. Este es el abrazo último del Misterio, abrazo al cual el hombre [...] no puede oponer nada, no puede objetar nada; puede desertar de él, pero sólo desertando de sí mismo y de su propio bien. [...] La existencia expresa su

último ideal *mendigando*. El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo»¹¹.

Hace dos semanas, mientras preparaba estas lecciones – había terminado prácticamente, incluso estaba hecho el cuadernillo – me llegaron dos contribuciones que desbarataron todo. Me acuerdo perfectamente, era un viernes por la noche y estaba en la escuela trabajando para el Triduo, cuando me dije a mí mismo: «Ya no es posible, he terminado; además, estos dos han escrito fuera de plazo». Pero eran tan potentes las contribuciones que me conmoví, en primer lugar porque me hicieron comprender de nuevo que el tema de Jesucristo no es algo del pasado, sino que es contemporáneo, y por eso me vi obligado a cambiar todo.

EL ENCUENTRO CON JESÚS

Sucede ahora, no es algo del pasado, y si piensas un poco, verás cuántas veces, al volver de unas vacaciones, del Triduo o de la caritativa, te has sorprendido por lo que había sucedido, te has visto cambiado por un encuentro que ha abrazado tu persona de tal modo que ya no podías levantarte por la mañana sin estar determinado por lo que había pasado. Un encuentro que ha generado un cambio inesperado, algo que no has proyectado, que no has construido con tu iniciativa. Escribía una amiga: «Un día, en la clase de religión, entraron dos chicas completamente desconocidas para proponer a la clase participar en *Donacibo*, una colecta de alimentos para los necesitados. [...] Las palabras de aquellas chicas me hacían estremecerme [...], cada palabra me reflejaba, era como si me conocieran de toda la vida, y lo más curioso es que las personas que siempre había tenido a mi lado no conseguían llenar ese vacío que ahora estaba empezando a llenarse. De hecho, no había nada que me satisficiera: cuando empezaba la semana, deseaba con ansia que llegase el sábado por la noche, y cuando llegaba ese momento, no era feliz, porque nunca conseguía encontrar ese algo que me sorprendiera, que me satisficiera. Entonces tomé la decisión de descubrir con qué lógica ellas podían describir perfectamente mi vida hasta ese día, y fui a la Casa Rossa, el lugar del que hablaban constantemente. [...] Puedo llamarlo fortuna, gracia, destino, hado... no sabría decirlo. Sólo sé que gracias a esa clase, a esas chicas, al *Donacibo*, acabo de empezar un camino que me lleva, poco a poco, a una espera, a una respuesta, a una novedad continua».

He aquí la excepcionalidad: cuando menos te lo esperas, te encuentras con un hombre, con un amigo, una amiga, que, al escucharle hablar, hace saltar tu corazón, y con una simple mirada te permite ser verdaderamente hombre. Ante este encuentro uno se conmueve, se mueve, como aferrado por una fuerza invisible que lleva hacia lugares nunca antes imaginados. Un encuentro potente que corresponde a una urgencia íntima y personal tuya, la urgencia de encontrar algo o a alguien que pueda corresponder a tu deseo. Tal vez incomprensible al principio, intelectualmente inaferrable, pero profundamente razonable, como si fuese ese trozo de mí que, aunque desconocido, me faltase desde hace tiempo.

Simón Pedro, Andrés y Juan tuvieron la misma experiencia, una experiencia excepcional, cuando se encontraron con Jesús. Ellos, al igual que nuestra amiga, se

vieron aferrados por la persona de Jesús, asombrados por el hecho de que Él pudiese leer en su corazón los deseos que raramente compartían con nadie. Delante de aquel Hombre, cuando le escuchaban hablar, percibían que era excepcional – porque nadie hablaba como Él – y al mismo tiempo natural.

La misma dinámica vivida por Juan y Andrés sigue repitiéndose hoy en la historia: una humanidad – la mía, la tuya – extenuada por su debilidad mortal, sedienta, que se ve sorprendida por un encuentro que la abraza, un encuentro que lleva en sí una vida nueva, que llena la vida de energía. Una mirada llena de misericordia que conmueve hasta las entrañas y que, una vez conocida, cambia el sentimiento que tiene uno de sí mismo, hasta el punto de no poder ya imaginar la vida sin Él.

Escuchemos *Lela*, un canto precioso que describe precisamente esta dinámica en la que ya no puedo comprenderme a mí mismo sin Él. Os leo dos frases: «No me dejes, y ten compasión de mí; sin ti no puedo, no puedo vivir. Dame aliento con tus palabras, dame calor con tu corazón, dame luz con tu mirada, dame vida con tu dulce amor».

Lela

El encuentro con Jesús atravesaba la vida. El encuentro con Jesús transformó todos los aspectos de la vida de Juan y Andrés: trastocó la relación con sus amigos, con su mujer. Jesús, ayer y hoy, no es un objeto del pensamiento, no es un recuerdo o una idea, sino una experiencia real. Tanto más real cuanto mayor es el cambio que ha introducido en ti. Escuchad lo que dice esta contribución: «Fui a mis primeras vacaciones y me divertí mucho [...]. Luego volvimos y en el momento en que bajé del autobús experimenté una felicidad como no la había sentido nunca. Era como si hubiese nacido un fuego, como si hubiese crecido en mi pecho y se hubiese propagado por todo el cuerpo. [...] No era capaz de darle todavía un nombre, sólo sabía que había durado mucho, que no era algo pasajero. [...] Entonces comprendí que esta felicidad no era sólo el centro de todo el día: era lo que buscaba porque me hacía sentir pleno, completo, me hacía vivir las cosas que hacía cien veces mejor. [...] Me di cuenta, sin embargo, que esta felicidad no me la daba a mí mismo, y si no sentía esta felicidad, después de algunos días nacía en mi pecho un deseo punzante, un fuego devorador [...]. He empezado a descubrir todas las cosas: desde las relaciones con mi familia a las amistades, desde las asignaturas del colegio a los lugares que recorro habitualmente. Poco a poco me he dado cuenta de que tomaba en mis manos mi vida y me convertía en protagonista. En estos tres años ha cambiado todo, hasta tal punto que a las palabras de Nicodemo: “¿Acaso puede un hombre volver al seno de su madre y nacer de nuevo?”, yo respondería que sí: ha cambiado mi forma de estudiar, de jugar, de vivir la relación con mi padre y con mis amigos, de cantar y, sobre todo, de vivir todo el día teniendo un único objetivo: ¡verle a Él! Ahora he conseguido dar un nombre y poner un rostro a esa felicidad: ¡Jesús! Esto es lo que más me urge ahora mismo».

Lo mismo le ocurría a Nicodemo, el viejo fariseo jefe de los judíos, que iba a ver a Jesús a escondidas para escucharle hablar: ya no le era posible volver a la apariencia de lo cotidiano, porque había sido abrazado por esa mirada que le asaltaba

continuamente y cambiaba su forma de vivir, su forma de rezar, de estar con su familia, con sus amigos. Renacer... ¡qué locura! ¿Cómo se hace? Nicodemo, un fariseo que se había dedicado por entero al servicio de Dios, había visto cómo su vida se trastocaba al escuchar estas palabras. Es como si Jesús le hubiera dicho: «Mira, Nicodemo, que no es lo que tú haces, no son tus sacrificios, tus leyes, tus reglas... Las cosas que haces, en cierto sentido, no producen nada». Después de haber visto a ese Hombre, después de haberle escuchado, de haberse sentido mirado así, mirado y amado así, Nicodemo no podía volver atrás como si no hubiese pasado nada. Después de ese encuentro todo había saltado por los aires. Nicodemo decidió seguir la intuición de una gran verdad, no se detuvo. «¿Nacer de nuevo? ¿Acaso puedo volver a entrar en el vientre de mi madre? Dime qué tengo que hacer, porque Tus palabras son tan poderosas que hacen rebosar mi corazón»¹².

El encuentro con Jesús introduce una dinámica nueva, que nace de un juicio nuevo: «El valor de la realidad eres Tú, Cristo». Tú eres la consistencia de todo. Se trata de una dinámica nueva, de un modo nuevo de utilizar el tiempo, de trabajar, un nuevo modo de usar el tiempo libre, de fatigarse. Esta dinámica no nace de aplicar nuevas reglas, de un quehacer. Es una dinámica nueva que nace de un juicio nuevo: hasta ahora pensaba que la vida se resumía en un quehacer. Ahora hago cuentas con ese encuentro que me lleva a un juicio nuevo: «Tú estás». Es un movimiento personal en el que Cristo, no yo, es la medida de las cosas.

Escuchad esta contribución que me ha hecho incluso llorar: «Algunos compañeros de clase me invitaron a un campamento de verano. Cuando llegué, me di cuenta de que todas las mañanas se rezaban laudes y que todos los días había misa – hasta hace dos veranos me irritaba entrar en una iglesia, lo evitaba en la medida de lo posible –, y me enfadé con ellos. [...] A pesar de esto, su forma de estar juntos me fascinaba, pero como no lo comprendía del todo me enfurecía. Me parecía algo absurdo que atribuyesen a Dios, a Cristo, su forma de estar juntos y de hacer las cosas. Cuando empezó el curso seguí yendo a GS. Pensándolo bien, no sé muy bien por qué seguí yendo. Tal vez quería comprender. Pero me limitaba a gritar contra todos, a decir que se habían construido castillos en el aire para no sentirse solos, para no tener miedo. Decía que eran unos locos que se engañaban. Les insulté. Les mandé a paseo. En un momento dado empecé a hacerlo llorando. Gritaba llorando. No sé por qué no me mandaron al cuerno. Y a pesar de todo esto, todos los jueves volvía allí, iba a cada gesto. No conseguía alejarme, por el mismo motivo por el que me había acercado a esta compañía: porque no comprendía cómo era posible la belleza que se daba entre ellos; eran verdaderos, hablaban de la vida, hablaban de mí. Estaba confundida, enfadada y deseosa. Dejé incluso a las amigas con las que había crecido. Estaba completamente conquistada por ese lugar. Me había aferrado de una manera increíble, me había tomado por entero. *Tenía que comprender*. Pero no comprendía. Después empecé a dejar de oponer resistencia y empecé a ir a misa. Fue una experiencia tan increíble como absurda. Todo me parecía insensato, pero cada vez que iba me hablaba, me hablaba a mí. Cada domingo había una frase del evangelio, del salmo, de una canción o de la homilía, que abrazaba mis problemas, mis dudas, mis miedos, y me mostraba un modo

nuevo de afrontarlos. Decidí participar en el Triduo con un deseo enorme de comprender qué es lo que había trastocado y dado un giro a mi vida. Estaba abierta, o desesperada, no sabría decirlo. Y sucedió algo muy parecido a lo que ya me había pasado con la misa. Todo lo que se decía era para mí. [...] Miles de personas y me parecía que sólo se dirigían a mí. [...] A partir de ahí fue un sucederse de experiencias en las que me parecía entrever la grandeza, la belleza que me había cambiado la vida. [...] No sé si tiene sentido, pero diría que mi vida se volvió Vida, digna de ser vivida, y la realidad se convirtió en algo que se me había dado, algo capaz de darme mucho».

Nada de lo que sucede en el mundo es tan excepcional, inimaginable, incomparable, tan poderoso que ni siquiera mis ideas, mis límites o mis esquemas pueden resistirse ante el atractivo que Él genera. Es necesario hacerse violencia a uno mismo, cerrar los ojos, los oídos, ignorar todo, para no sentirse desafiados por este gesto único del Ser hacia mí. Porque ninguna otra cosa desafía la razón y la libertad del hombre como encontrarse (como esta amiga nuestra) ante la ternura del Ser hacia uno mismo. Jesús entra en nuestra fortaleza a través del corazón. El asalto se produce al corazón, que nunca antes había experimentado algo por otro lado deseado desde tiempos inmemoriales, que nunca antes había sentido una fuerza tan capaz de reducir a cenizas todos mis esquemas. Sigue la carta de nuestra amiga: «Hace una semana me fui con mi tío a esquiar. Para mí esquiar es lo más bonito que hay, y sin embargo después de dos días decidí que ya era suficiente. Estaba enfadada con mi tío. Ese día, mientras él se daba una vuelta, entré en una iglesia. Necesitaba que alguien me dijera qué hacer. Porque yo no lo sabía. Probablemente hablaría al vacío, pero tenía que intentarlo [recordad que esta chica no creía en la oración ni en la Iglesia]. Empezaron a rezar vísperas y me acerqué para oír mejor. Una señora me hizo señas para que me acercara, y me ofreció su libro para poder rezar. Me sentí amada. Una señora que no me conoce, que interrumpe su oración y me hace señas para que me acerque. Por la noche recé completas y recuerdo de memoria una frase: “Sálvanos, Señor, despiertos, protégenos mientras dormimos, para que veamos con Cristo y descansemos en paz”. Me sentí libre. Lo repetí una y otra vez hasta que me quedé dormida. A la mañana siguiente pedí en la recepción del hotel la clave de acceso a internet y busqué las laudes. Hay una frase de Zacarías que creo que dice: “Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian”; y esto me permitió afrontar la situación con mi tío con una mirada nueva. Todavía hoy me repito esta frase todas las noches: “Sálvanos, Señor, despiertos, protégenos mientras dormimos, para que veamos con Cristo y descansemos en paz”. Me pregunto cómo es posible que yo, yo, haya llegado incluso a rezar».

Un encuentro más grande que todos tus esquemas, que todo tu mal, que tu mezquindad. No hay nada más interesante ni más potente que esto. Esta libertad no es una capacidad nuestra, sino un afecto al Ser, al Misterio, a Jesús, que nos ha aferrado. Nuestra amiga ya no puede prescindir de Jesús para vivir, para respirar. Nada, ni siquiera nuestra debilidad mortal, puede impedirnos decir: «Todo nuestro amor, mi amor, toda mi simpatía humana es para Ti, Cristo», decir que lo más querido de nuestra vida es Cristo.

De este modo la vida se simplifica, en el sentido de que encuentra un sentido, una dirección. Todo lo que hago tiene una dirección. Se trata de responder a Alguien que me ha abrazado de forma imprevista. Se trata de responder en primera persona a una llamada o, por usar la palabra que emplea la Iglesia, a una «vocación». Responder a lo que de algún modo te ha tocado, porque sentías que te “mordía”, como destino y como cotidianidad, como existencia que vivir. Así es como se presenta hoy el cristianismo en sus elementos originales: una humanidad, como la tuya y la mía, tal como es, que es mirada, preferida, abrazada por el Ser; y que responde en primera persona, afirmando esta Presencia y pidiendo: “Hágase en mí según tu palabra”. ¡Sí, hágase! Un deseo sin límites de mi “yo”, que es mendigo de Cristo, petición de Cristo, porque una vez que Le has conocido, ya no puedes prescindir de Él. Yo no puedo ser yo, ya no puedo ser yo sin Ti. La esencia de mi ser, de mi instante, ya no es mi quehacer, sino el hecho de que soy querido, amado, hecho. Yo consisto en Ti. Yo soy Tú que me haces.

Cantamos *Il mio volto*.

Il mio volto

EL VAIVÉN

Muchos de vosotros habéis tenido la experiencia de ser aferrados por Cristo, cambiados hasta el punto de no reconoceros a vosotros mismos. Y cuando uno intuye que el Hecho cristiano es verdadero, necesita todavía el valor para volver a percibirlo como posible a pesar del influjo de la mentalidad dominante, de la cultura preponderante. Porque si no sucede hoy, no me interesa. Esto es justamente lo que más nos cuesta.

Con frecuencia parecemos unos extraños a nosotros mismos, como si estuviésemos desdoblados, debilitados, atemorizados, descargados afectivamente. El problema no es la falta de razones adecuadas, sino la grieta que hay entre la razón y el afecto, entre la razón y la voluntad. Una división entre la energía para adherirnos al ser y la razón como descubrimiento del ser. Un miedo a adherirnos, a dejarnos abrazar, algo extraño, porque es extraño a nosotros, a nuestra naturaleza, es contradictorio con respecto a nuestra naturaleza.

Escuchad esta contribución: «Últimamente me he dado cuenta de que mi vida es una enorme contradicción, es un continuo vaivén de momentos en que Le veo y me conmuevo y os lo juro, lloro de alegría como una niña. En esos momentos podría conquistar el mundo, soy libre, soy feliz. Incluso la gente que tengo a mi alrededor se da cuenta. El problema es que un día, una hora, un minuto después estoy como al principio: después de la alegría de haber reconocido a Jesús a mi lado, basta con nada para volver a caer en la oscuridad y empezar a hacer un montón de tonterías. Me siento un poco como san Mateo en el cuadro de Caravaggio: Cristo le está llamando con esa mirada intensísima, que es lo único en el mundo que le puede salvar y levantar de su condición de pecador; y sin embargo la mano derecha de Mateo está todavía apegada al dinero, a su miseria».

Hay un nivel de nuestra personalidad que está animado por una intención seria de pertenecer, y al mismo tiempo hay otro nivel, el más decisivo, por el que vas a buscar en otra parte la solución al problema de la felicidad, ya sea en la relación afectiva o en el estudio. Este es el nivel que dicta en última instancia el sentimiento cotidiano que tienes de ti mismo: la forma con la que deseas a la chica o al chico, o el modo de pensar en el dinero, para poder ir a esquiar o a viajar por ahí, la forma con la que piensas en el estudio, el hecho de querer ser populares, ser admirados. Estas son las cosas que todos tenemos en la cabeza y que se convierten en los factores constitutivos del sentimiento cotidiano de todos nosotros: la fama, el poder. En la vida, este sentimiento cotidiano es más fuerte que el sentimiento que tenemos del hecho de Cristo, y por ello estamos continuamente distraídos, descargados, confusos. Este es el drama del hombre moderno que no acepta dejarse abrazar, que no acepta que alguien pueda quererle.

Lo describe muy bien Lagerkvist en *Barrabás*, una novela que narra la historia del gran bandido que, de improviso (pensadlo un momento), pocos días después de su captura se ve liberado porque Jesús es condenado en su lugar. Si Barrabás vive, si puede seguir haciendo lo que le da la gana, lo debe al hecho de que otro ha ocupado su lugar y ha muerto por él; por ello su vida está completamente ligada a ese hombre que había conocido en el patio del palacio de Pilato. Dice: «Desde que lo vio en el pretorio del palacio, sintió que había en él algo extraordinario. No hubiera podido decir qué era: simplemente lo sentía. No creía haber encontrado jamás un ser semejante»¹³.

El encuentro, aunque breve, con el hombre que había ocupado su lugar le cambia, no le deja indiferente. Más aún, su recuerdo le llena de curiosidad, y Barrabás sigue viviendo determinado por el hecho de que «Él murió por mí»; trata de volver a la vida normal, pero la imagen de aquel hombre entra una y otra vez en su mente. Pensaba en Jesús, colgado de la cruz, en todo lo que había sucedido antes y después en la colina del suplicio. ¿Era tal vez, como decían aquellos, fruto de su fantasía? Pero cuanto más pensaba en ello, cuanto más escuchaba hablar de él, menos entendía cómo se podían conciliar las cosas. Era consciente de la extraordinaria naturaleza de aquel hombre, del poder que tenía sobre los hombres, un extraño poder. Barrabás había visto la potencia de aquel hombre, lo había visto en el testimonio de un esclavo que había suscitado en él un atractivo extrañísimo. Ese hombre tenía una libertad que él, Barrabás, no conseguía entender. Era «libre de todo porque era esclavo de Uno». Al final, Barrabás, como nos sucede a nosotros, no se rinde. Que la razón de mi vida sea un “Tú”, afirmar a otro como sentido de sí mismo, es lo contrario de lo que él siempre había buscado: la afirmación de sí mismo como medida última de toda la realidad, de todo su proyecto. Y aquí es donde entra la duda: no consigo rendirme, no quiero ser aferrado.

Escribe Lagerkvist: «¿No comprendes que es imposible?», dice Barrabás. Y su interlocutor: «He dicho que eso podría no ser cierto. Si quieres, lo volveré a decir». Continúa Barrabás: «¡El Hijo de Dios! Es evidente que no lo era. ¿Crees tú que el Hijo de Dios descienda a la tierra? ¡Y que se ponga a predicar en tu comarca!». ¿Veis cómo se introduce la duda? Responde el interlocutor: «¿Por qué no? Eso no era imposible. Allí como en otra parte. Es una comarca pequeña y pobre sin duda; pero es preciso empezar en alguna parte»¹⁴. En nuestra vida cotidiana se juega el mismo drama. El

problema no es la falta de razones, el problema no es que no haya sucedido, que no suceda; las razones adecuadas y la experiencia las tienes, pero la grieta entre la razón y el afecto, entre la razón y la voluntad, se manifiesta como miedo a afirmar y a adherirse al ser. Nuestra mentalidad y nuestro comportamiento están determinados no por lo que ha movido nuestro corazón, sino por otros intereses, intereses derivados de la mentalidad común. Y entonces levantamos nuestras defensas, y mentimos cuando decimos: «Soy demasiado inteligente para pensar», ¿os acordáis de Helicón? Sin embargo, este es el paso radical, el que nos permite pasar del «quizá», de la duda, a la certeza, a lo «cierto». Consiste en dejarse abrazar por lo que nos ha salido al encuentro.

Cantamos *La guerra*.

La guerra

Nosotros, al igual que Barrabás, nos encontramos en un momento dado embarullados, confusos, vacilantes ante el hecho que ha sucedido. Y no por una ausencia de razones. Es la batería de los «pero», de los «si», de los «sin embargo», de los «quizá», que encabeza la retirada de nuestro compromiso con el Misterio. Es algo muy concreto. Por ejemplo, un hombre que sale desde hace siete años con una chica y no se decide, no porque sea malo, pero no se decide porque continuamente se dice a sí mismo: «Y luego...»; «y si...»; «si, pero...»; «¿cómo puedo estar seguro?». Es un hiato, un abismo, un vértigo, un vacío entre la intuición de la verdad que procede de la razón: «Es verdad, ha sucedido, he cambiado» y el afecto: «A lo mejor me lo he imaginado; puede que no dure, quizá no sea posible». Es una disociación entre la razón como percepción del ser, y la voluntad, que es la energía de la adhesión. «Es análogo a cuando las personas dicen: “Tiene usted razón, pero yo no estoy convencido”. Uno ve las razones, pero no se mueve. No se mueve, es decir, falta la energía de adhesión al hecho que la razón ha entrevisto como verdadero. A pesar de estar delante de las razones, delante del hecho, es como si no pudieran moverle, como si estuviera bloqueado; necesitaba un suplemento de energía de libertad, puesto que la libertad es precisamente la capacidad de adhesión al ser»¹⁵.

Escuchad esta contribución: «Estos meses de escuela han sido un periodo muy intenso. He tenido que afrontar distintas situaciones: mi salud, el esfuerzo del estudio con vistas a la selectividad, la muerte de un compañero y las dificultades que tengo con algunos amigos y con mi novio. [...] He aprendido que delante de todas estas cosas nunca tengo que dejar que prevalezcan la fatiga y la dificultad. He experimentado que cuando estoy ante las cosas con una pregunta verdadera y abierta a todo, Cristo me responde, y cuanto más me pregunto, más se me presenta la respuesta. Y es justamente Su respuesta la que me basta». [¡Está clarísimo! Es un resumen de lo que dijimos ayer por la noche. «He comprendido. He aprendido delante de las circunstancias: nunca debo dejar que prevalezcan la fatiga y la dificultad. He comprendido que debo preguntarme», pero...]. Sin embargo, cada día me parece una lucha. Es como si cada mañana tuviese que volver a elegir entre estar ante lo que se me pone delante teniendo presente mi pregunta o no dar demasiado peso a mis problemas, que con frecuencia sólo producen

fatiga. [...] Entonces, quería preguntarte: ¿por qué debe ser tan dramático el comienzo del día? Porque tener que encontrarme todos los días ante esta elección me parece tener que partir siempre de cero. Si una noche me acuesto contenta, quizá porque he vislumbrado una respuesta, esto no es suficiente para recomenzar al día siguiente con la confianza de que también ese día puedo encontrar lo que me satisface. Es como si comenzase siempre con un poco de desconfianza». Podemos estar de acuerdo con lo que se nos dice, más aún, podemos no advertir nunca una contradicción, podemos decir: «Es verdad», pero luego, en el día a día, en lo cotidiano, es como si no nos fiáramos. Es decir, es como si, viviendo cada día, se adueñaran de nosotros el cansancio y la debilidad y, como consecuencia, también lo hiciera un cierto escepticismo, poniendo en duda lo que en principio estaba claro. Las razones están claras, son verdaderas, y la memoria es poderosa: «Lo que he visto como justo, no puedo ponerlo en duda ahora, ¡porque no tengo razones para ponerlo en duda!», pero no me dejo aferrar, no me fío. Prevalen mi estado de ánimo, mi cansancio.

Cantamos *Il Monologo di Giuda*.

Il Monologo di Giuda

LA SIMPATÍA PROFUNDA

Él viene a nuestro encuentro y genera un afecto en nosotros, mendiga nuestro corazón, quiere abrazarnos, pero nosotros tenemos miedo, miedo de ser abrazados y amados. Pero no podemos detenernos aquí. Es necesario que no seamos cómplices de la debilidad que nos arrastra hacia la muerte, hacia la nada. Es necesario volver a partir del impacto que produjo en nosotros el encuentro. No se vuelve a partir de cero, sino del afecto que el abrazo de Cristo ha generado en mí, ese afecto que me ha hecho decir: «Yo soy Tú que me haces». En caso contrario, deberíamos empezar siempre mediante el esfuerzo de la voluntad, y antes o después terminaría prevaleciendo la fatiga. Calígula tenía que partir de cero porque no había sido abrazado por Cristo. Por ello, lo único que conseguía comunicar era su sed insatisfecha. Nosotros no. No partes de cero, sino de la simpatía profunda que Cristo ha hecho nacer en ti, como en Pedro. Un afecto profundo, como el que Simón experimentaba por ese hombre. Tratad de imaginar el sentimiento de Pedro cuando aquella mañana fue mirado por ese hombre en la playa. Todos estaban sentados formando un círculo para comer. Jesús mira a Pedro, y Pedro – porque se acuerda –, mirándole a Él, siente el peso de todas sus miserias, de sus traiciones, de su inadecuación, de su incapacidad. Y Jesús le dice sencillamente: «¿Me amas?». Jesús no le pide ninguna explicación, no le pide un análisis de la situación, ni siquiera una promesa de que en adelante será mejor. Sencillamente le pregunta: «Simón, ¿me amas?». Entonces Pedro, en voz baja, casi temblando, le dice: «No sé cómo, pero te amo; no sé cómo, pero es así»¹⁶. Pedro tiembla porque sabe que la verdad de sus palabras, la dignidad de su afirmación no deriva de hecho de su capacidad, no deriva de su voluntad, sino del reconocimiento claro de lo que es más querido para él. «Te quiero. Todo mi afecto es para ti. Sin ti no soy nada, soy una criatura finita. Mañana te volveré a traicionar. Otro día seré mezquino, incapaz. Soy incapaz de hacer el bien, estoy

cansado, pero todo mi afecto es para ti». Este afecto profundo, esta simpatía por Ti prevalece sobre todo: sobre mis esquemas, mis fatigas, mis pecados. Porque ese “Tú” revela lo más profundo y verdadero de mi “yo”: sin Ti no existo, y si no Te amase ya no podría creer ni siquiera en mis ojos.

Cantamos *Lasciati fare*.

Lasciati fare

IDENTIFICARSE CON UN “TÚ”

Esta simpatía profunda, este afecto por Cristo que nace del encuentro con Él, no de algo que he generado yo, sino que encuentro dentro de mí: «Tú eres lo más querido que tengo», con el tiempo se convierte en identificación: «Mi “yo” eres Tú». “Identificado” quiere decir que soy uno con Cristo y, como consecuencia, el origen de mi actuar está enraizado en mi apego a Jesús.

Os leo la otra contribución que ha hecho “saltar por los aires” mi semana: «Todo nació de una envidia, una envidia buena que sentía por mis responsables [las cosas más verdaderas de la vida nacen siempre de una envidia: estos tienen algo que me interesa]. Viendo cómo vivían, cómo se movían en la realidad, con qué amor miraban la vida, empecé a desearlo también para mí, empecé a querer vivir también yo así [...], y me di cuenta de que uno de los instrumentos fundamentales que usaban era la Escuela de comunidad, de que hacían un trabajo personal sobre su persona, sobre su vida y su relación con el Misterio. Entonces empecé también yo a tomarme en serio este trabajo, este instrumento. [...] [El seguimiento nace precisamente de adherirse a un bien que he visto, que he vislumbrado]. Un día leí en la Escuela de comunidad que yo soy el primer lugar en donde sucede el Misterio. ¿Yo? ¿Tan pobre como soy? ¿Con todos los límites que tengo? Pero, ¿cómo es posible? Entonces empecé a pedirle a Cristo poder tener esta conciencia, porque en el día a día yo deseo reconocer a Cristo en cada momento, y por eso espero a Cristo, pero no de forma pasiva, esperando un milagro, sino implicándome por completo en todo, por ejemplo en el estudio, pero también en las pequeñas cosas, y esto requiere un esfuerzo, pero es fantástico vivir así. Aunque se necesita muy poco para que este deseo mío se desvanezca, se reduzca y se apague. Por ejemplo, una amiga mía había desaparecido: desde hacía tres días no se sabía dónde estaba, y yo me ahogaba en esta circunstancia. Me encerré en mí mismo [...]. Pero entonces llegó una llamada de Anto [...] y me di cuenta de que no estoy solo, sino que hay una compañía que me sostiene, me acompaña y me ayuda; pero que esto no es suficiente si falta un trabajo personal y una relación con el Misterio. Leyendo la Escuela de comunidad me acordé de la frase “Dios no permite que suceda nada en nuestra vida si no es para nuestra maduración”. Verdaderamente la Escuela de comunidad es una cuestión de vida o muerte, porque no cambia la circunstancia, pero me ofrece la posibilidad de vivirla con una mirada distinta, como una oportunidad para mí».

Cristo convive con nosotros a través de esa persona a la que has conocido y de la amistad que se ha generado, a través de una compañía. No es algo del pasado, sino algo que está presente hoy y siempre. La pertenencia a Jesús coincide siempre con pertenecer

a la realidad humana en la que Él se hace presente. Esa persona, esos amigos a los que estás ligado, que te abrazan con una simpatía profunda, son literalmente, físicamente, Jesús presente, cercano a ti, presencia humana imposible de pensar, imposible de imaginar. Basta con seguir con sencillez, basta con decidir por esta simpatía profunda que Él despierta. Decidirse por Él genera una capacidad distinta de inteligencia, una inteligencia nueva, una capacidad de afecto distinta, y por tanto una fecundidad distinta. Continúa nuestro amigo: «El último ejemplo que quería contarte me ha sucedido hace poco. En la parroquia había algunos chavales que estaban todo el rato haciendo gamberradas. Fui a echarles la bronca, pero en realidad mi objetivo era echarles mano y hacerles ver quién era más fuerte. Mientras iba hacia allá, me vinieron a la mente los signos más claros de Cristo en mi vida: mis amigos, mi novia, mi escuela [os lo repito: “Me vinieron a la mente los signos más claros de Cristo en mi vida: mis amigos, mi novia, mi escuela”], y me dije: “¿Merece verdaderamente la pena?”, y me marché. Pero esto no me bastaba, porque no me sentía a gusto. Me acordé de las palabras de Carrón cuando se preguntaba: “¿Qué he hecho del carisma que he encontrado?”. Entonces volví allí y empecé a hablar con ellos. En un momento dado empecé a hablar de mí mismo, de cómo para mí la vida era un asco y cómo estaba empezando a cambiar, y les decía a quién pertenecía y quién me había salvado la vida, y les propuse venir al “raggio” [...]. En ese momento venció Cristo, venció mi corazón. [...] Me conmuevo porque, a pesar de mi humanidad, de mis límites, de mi carácter, de todas las veces que me equivoco, en todo esto que podría ser una faena, se ha desvelado una gran posibilidad para mi relación con el Misterio, porque estoy redescubriendo el valor y la belleza de la confesión, y me conmueve, porque tengo un lugar, un rostro al que volver y poder empezar de nuevo».

No se parte de cero, se vuelve a partir de un lugar, de un rostro, de una simpatía profunda, de un afecto que te ha abrazado. La acción de nuestro amigo no parte de una preocupación ética de “ser un buen chico”, de un discurso intelectual o de evitar así un remordimiento, sino de la afirmación de otro: los amigos, la novia, la escuela. Cristo, te amo. Cuando san Pedro decía: «Sí, Señor, he cometido un montón de errores, pero tú lo sabes: te quiero», afirmaba con estas palabras que Jesús era el significado de sí mismo; afirmaba que Jesús era todo, no por el placer que le daba, si no por ese misterioso apego por el que, a medida que el tiempo avanzaba, se volvía cada vez más evidente, estaba cada vez más seguro de que Cristo era todo.

Nosotros habitualmente nos imaginamos que la acción moral es un esfuerzo para adherirnos cada vez más a la verdad: «Cuanto más comprendo, mejor actúo», hasta que estés lleno de verdad y entonces puedas decir: «Soy buenísimo». En cambio, es justamente lo contrario: estás lleno al principio, has recibido una gran gracia que ha trastocado tu vida, que la ha cambiado. Nuestra acción es identificación con Cristo: «Ya no soy yo, sino Tú quien vive en mí». Si no es así, si no se parte de este *Hecho* que hemos recibido al principio, nuestros intentos serán el resultado de nuestra fuerza, de nuestra voluntad, pero no don de una fuerza más grande, de una gracia que hemos recibido.

No se parte de un esfuerzo ético, activista, para llegar luego al «sí, te amo». Es lo contrario. Es del «sí» de Pedro, es del «sí» de nuestro amigo de donde nace el intento de coherencia moral en cada acción. Nuestro intento de actuar moralmente no viene de “aplicar” la verdad, sino que es el resultado de haber encontrado la verdad, de haberse visto abrazado por ella, y entonces todo lo que hacemos, todo lo que pensamos es un intento de identificarnos con Cristo, cada acción está plasmada por la memoria de ese Hombre.

“Memoria” es algo presente que me provoca y me cambia, me abre al futuro. Memoria es reconocer a Cristo presente. La memoria es el imponerse amoroso de esta Presencia que corresponde al corazón, que plasma todas las acciones: la relación con la novia, el comer, el estudiar. Lo dice san Pablo: «Ya comáis, ya bebáis, ya viváis, ya muráis»¹⁷. La memoria de Cristo, la conciencia de que Cristo está presente plasma todas mis acciones; todo: el estudio, la relación con los amigos, la novia, el novio, la escuela, el trabajo. De este modo, todas mis acciones, todas mis relaciones se convierten en “ofrecimiento” a este Hombre, por este Hombre.

Así, amigo mío, comprendes que tu grandeza de hombre, la utilidad de tu gesto, no está en el resultado que puedes imaginar inmediatamente, sino que no hay nada más grande que vivir las circunstancias, vivir la energía y la fatiga de estar ante esa página del libro por Otro: la vida se convierte en ofrecimiento, es decir, «reconocer que la realidad está hecha de Cristo»¹⁸. En la vida, todo, incluso el gesto más sencillo o el más escondido porque nadie lo ve, todo se convierte en afirmación de Otro. Vivo de la fe en Ti, Cristo, que me has dado todo – ¡todo! – para mí. Por eso ya no hay nada que se quede fuera de esta relación con Él, ya no hay nada que no sea abrazado, no hay nada ya que no se convierta en ofrecimiento en la relación reconocida con Él. Esta es la gloria humana de Cristo; es el ciento por uno aquí abajo que nos ha prometido, porque cuando somos abrazados por Él, la vida, la aventura de la vida se vuelve apasionante: estudiar, el modo de mirar al amigo o al novio o la novia, la forma de soportarse a uno mismo, de pensar en las propias culpas. Todo se vuelve nuevo.

Aceptar ser aferrados por Cristo. De aquí deriva una capacidad de fecundidad de la que nadie es capaz por sí mismo, pero que todos desean: capacidad de comunicación de la propia naturaleza, de la propia riqueza, de la propia inteligencia, del propio corazón, del propio tiempo. Es una fecundidad en el estudio, una pasión por el trabajo que no es por obtener un interés o por gusto, no es por el resultado. Es una fecundidad que es un amor, es decisión de dar lo que soy, de dar toda mi persona a Jesús.

Si tú quieres de verdad amar, si quieres gozar de la vida, del estudio, del trabajo, de los amigos, debes decidirte por Él. Pídele a Cristo, adhiérete a Él, déjate aferrar por Él, por ese amor infinito y tierno que ha entrado en tu vida desbaratando todos sus esquemas, tus proyectos, tu cansancio, tus límites. Si se favorece este «sí, Te amo», la vida se convierte en algo espectacular, y tú llegas a ser capaz de generar grandes cosas.

Terminamos cantando *L'iniziativa*.

L'iniziativa

No tengáis miedo de vivir en silencio estos días. Hay algo que me produce una impresión profunda, y me di cuenta de ello la semana pasada, cuando iba a visitar a un amigo: en el ascensor había música. Pensé: no existe un sólo punto en este mundo en el que haya silencio, porque tenemos miedo del silencio, porque en el silencio se percibe el corazón, en el silencio el corazón compara y esto le hace pensar. Pensad en Helicón: «Soy demasiado inteligente para pensar en ello». Por tanto, el silencio: no tenéis que hacer nada. Simplemente con estar en silencio sientes tu humanidad. Pero no es sólo estar en silencio, sino ser esenciales con las palabras. Hay momentos en estos días en los que somos invitados a hacer silencio, pero en otros momentos os invito a ser esenciales con las palabras. Habrá momentos (después de la comida, en el autobús, antes de la asamblea) en los que tendréis que hacer un trabajo personal porque, como decía nuestro amigo, si no hay un trabajo personal, ¡no hay nada!

ASAMBLEA, JOSÉ MEDINA
Sábado 30 de marzo, por la mañana

*Il nostro cuore
Ma non avere paura*

Alberto Bonfanti. Han llegado muchas preguntas, como demostración de que lo que hemos vivido estos días ha interceptado nuestro corazón. Hemos elegido algunas que nos parecen significativas, que representan los temas más generales. Queremos introducirlos en la asamblea leyendo el saludo que nos ha enviado Julián Carrón:

«Queridos amigos,

Cuántas veces pienso en vosotros, confusos ante vuestro estado de ánimo cambiante, enredados en vuestras reacciones; me invade una ternura infinita por cada uno de vosotros y me pregunto: ¿cómo harán para no acabar en la confusión, tirando la toalla?

Me anima pensar en vosotros cuando, llenos de asombro, veis surgir en vosotros una y otra vez – en medio de los cambios de humor que nadie puede evitar – el deseo de felicidad, ese ímpetu de cumplimiento que no os da tregua y que os lleva hacia un horizonte ilimitado, más allá de cualquier apariencia. Todo cambia menos eso. ¡Nadie puede impedir esta victoria sobre la confusión, ni siquiera nosotros!

Y entonces pienso: ojalá fuesen leales con ese deseo, con ese ímpetu, con el «pensamiento dominante» de leopardiana memoria, «terrible, mas valioso don del cielo»: como «torre en campo solitario, estás solo, gigante, en medio de» todas las vacilaciones. Ninguna dificultad podrá detenerlo.

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si luego se pierde a sí mismo?». ¡Qué pasión por cada uno de nosotros rebosan estas palabras de Jesús!

Os deseo que no os detengáis nunca en la apariencia de las cosas, y que secundéis incansablemente ese ímpetu sin tregua que es vuestro mayor aliado en la aventura de la vida.

Cristo se ha hecho hombre, ha muerto y ha resucitado para permanecer en la historia junto a nosotros y sostener a este aliado que hay en nosotros.

Cómplice de vuestro corazón,
Julián»¹⁹.

José Medina. ¡Buenos días!

En el Vía Crucis me ha entrado un poco de miedo, cuando hemos hablado de Judas y hemos cantado el monólogo de Giuda, que dice: «Su reino no venía, le había dado todo y ahora él me traicionaba». Siento que hay algo distinto fuera de mí. Lo he visto, he reconocido a Cristo y quiero seguirle; no tengo miedo de que Jesús me traicione. Pero si Judas, que lo ha visto con sus ojos, que lo ha dejado todo, que le ha seguido y al final

ha cometido un error tan clamoroso, si él le ha traicionado, yo, que no le he visto como él, en carne y hueso, tengo miedo de tener a Jesús ante mí y no conseguir verlo.

Medina. Y antes del miedo, ¿qué experiencia has hecho?

Sentía que tenía que haber otra cosa. Por mí mismo no conseguía hacer nada. Ha habido días en los que no sabía qué hacer. Decía: tiene que haber algo además de lo que yo soy.

Medina. Piensa un poco en esto: ¿has tenido miedo alguna vez de perder el móvil?

Sí.

Medina. ¿Por qué?

Porque me importa.

Medina. Ah, ¿te importa? No es ninguna tontería. Tienes miedo de perder algo que te importa. El punto de partida es qué te importa a ti. Entonces, antes de entrar en la cuestión del miedo, tratemos de entender qué es lo que te importa. No pienses en ello teóricamente. Este pensamiento del miedo te vino en el Vía Crucis. También a mí me impresionó la segunda estación. Ese miedo te hace comprender que hay algo que te importa. Trata de volver atrás por un instante: ¿qué es lo que te importaba, hasta el punto de tener miedo de perderlo?

Mi fe. Tenía miedo de perder lo que creía haber encontrado. La fe en Cristo.

Medina. Perfecto. ¿Y qué quiere decir esto para ti?

Esto es lo que me sostiene. Cuando estoy mal o me veo en crisis, rezo. Por tanto, si pierdo esto entonces no sé qué podría hacer.

Medina. Has experimentado en ti algo que te importa. Yo tengo miedo de perder sólo las cosas que para mí son importantes. ¿Comprendes que cuando hablamos del corazón del hombre, hablamos precisamente de esto? Tú, ante algo que ha sucedido, has sentido algo que correspondía; correspondía de tal modo que tienes miedo de perderlo, tienes miedo de perderte. Entonces, el punto de partida es el impacto. Si piensas sólo en el miedo, estás siempre angustiado y te bloqueas, pero el miedo forma parte justamente de esto: hay algo que ha correspondido a mi corazón. Entonces, cuando sientes que algo corresponde a tu corazón, ¿qué haces?

Estoy contento.

Medina. Si estás con los amigos, y estando con ellos te das cuenta de que estás contento... Lo que quiero decir es que viéndoos a vosotros y estando aquí estos días, puedo decir que es precioso estar aquí. Personalmente, me entran ganas de estar aquí. Hay un pasaje del Evangelio que se parece a esto: la transfiguración. Jesús sube al monte con tres discípulos, y Pedro dice: «¡Qué bien se está aquí! Hagamos tres tiendas»²⁰. Es decir, ante algo que corresponde, algo que me importa, yo quiero quedarme. Importantísimo. Volviendo a la pregunta que has hecho, que tengas miedo quiere decir que hay algo que te importa; es necesario mirar qué es lo que te importa, cuál es el valor de aquello que te importa. Inmediatamente – este es el segundo aspecto –, ante este hecho al que me quiero adherir, yo siento toda mi limitación, mi incapacidad para quedarme. Como no es mío, es justo que no pueda controlarlo y no sepa cómo funciona, que me sienta pequeño y tenga miedo de perderlo. E inmediatamente te pones a pedir, a mendigar: que alguien me proteja, que alguien me sostenga, porque no quiero

perder esto que me importa. Para poder vivir, el Señor nos ha dado – te lo ofrezco como punto de partida; tienes el curso y la vida para comprenderlo – la comunión, nos ha dado esta comunidad. Es justamente la amistad que se da en la comunión, en la comunidad, lo que me ayuda y me sostiene cuando aparece el miedo. El Señor nos ha dado la comunidad para esto, no para sustituirnos, sino para sostenernos.

Usted ha dicho que muchas veces uno ve la razonabilidad de las propuestas que se le hacen, pero que por inercia o por pereza no consigue adherirse a ellas, o, por lo que sea, no se deja cautivar por ellas. Yo me he reconocido muchísimo en esto, porque me han hecho propuestas y, aun viendo que eran cosas buenas, atractivas, no he conseguido decir que sí y participar en ellas. Por tanto, mi pregunta es: ¿por qué no soy capaz de hacerlo, incluso cuando veo que es algo bueno para mí? Hay como una especie de rendición ante mí misma. Creo que es ante todo por pereza, por un malestar que tengo dentro de mí, como si dijera: total, no va a cambiar nada. He participado en algunas experiencias en las que el resultado ha sido algo grande y bonito: ¿por qué unas veces digo “sí” y otras digo “no”? No consigo entender por qué.

Medina. ¿Has hecho alguna vez una apuesta?

He jugado al póker. Miro mis cartas... y busco todas las estrategias posibles para sacarles el máximo partido. Veo qué cartas hay en la banca y miro a ver si puedo ganar esa mano.

Medina. ¿Y para qué quieres ganarla?

Para ganar dinero.

Medina. ¡Ah! Y para ganar dinero, ¿qué tienes que hacer?

Apostar.

Medina. Tú quieres algo, y entonces tienes que poner algo de tu parte. Ves algo ante ti, debes poner algo tuyo para ganar, ¿no? Gracias a esto podemos entender dos cosas. Si hay poco dinero en juego, ¿apuestas mucho?

No, porque no hay necesidad.

Medina. Entonces el primer punto es que uno, para apostar, debe tener delante un bien grande. Cuanto más grande es, más pones, más arriesgas. De aquí se deduce que la razón, el origen de mi riesgo, en primer lugar, radica en que yo reconozco un bien grande en la vida, reconozco un bien grande ante mí, y entonces yo tengo que poner algo.

Si tengo cuatro cartas, cuatro reyes –¡bonita mano! Yo también sé jugar al póker –, y hay diez mil dólares sobre la mesa (yo quiero ese dinero, me interesa hacerme con él) pero no juego, ¿qué me dirías?

Que eres estúpido.

Medina. No es pereza, amigo, es estupidez, ¿entiendes? No es pereza, porque si tú reconoces el bien, y está ahí, es atractivo, y tú has experimentado este atractivo, si estás atraído por ese dinero, es absolutamente natural que juegues. Entonces, en tu opinión, ¿por qué no juegas?

Por estupidez. Pero entonces, ¿por qué no me doy cuenta del bote que tengo delante? Porque no consigo verlo.

Medina. No me doy cuenta de verdad de lo que tengo delante. Quedémonos aquí, Riccardo. Si no te das cuenta de verdad de lo que tienes delante, ¿podríamos decir que el problema es cognoscitivo? Si tú no te das cuenta de lo que tienes delante es porque no has conocido. Y no has conocido por una razón muy sencilla: o porque estás distraído, o porque cuando miras estás tan dominado por tus esquemas que no consigues ver lo que tienes delante, estás obtuso.

Ves diez mil dólares y dices: «Cuántas cosas podría hacer con todo ese dinero, podría comprarme una moto e ir a jugar al balón», y mientras la mano pasa, y pasa, y pasa. Es un problema de conocimiento, es un problema de razón (que quiere decir: esto es un bien para mí, este bien es lo máximo que puedo ganar, y por ello apuesto todo), pero es también un problema de afecto: tienes que implicarte, tienes que estar en el juego, porque si no estás en el juego, la mano gira y gira y tú no estás.

Me doy cuenta de que me hago todas estas elucubraciones mentales mientras tengo delante algo bonito, pero yo solo no consigo lanzarme. Por ejemplo, una vez me hicieron una propuesta; al principio yo estaba dudoso, quería decir que no, pero luego vino un amigo mío y me dijo: «Inténtalo», y entonces lo hice.

Medina. ¿Y qué pasó?

Que fue bonito.

Medina. Entonces, ¿cuál es el problema?

Que necesito tener amigos cerca de mí.

Medina. Es lo que le decía antes a Emanuele: el Señor nos ha dado la gracia de tener cerca personas que nos ayudan a estar en la realidad. Lo que hoy hemos aprendido juntos es importante: es un problema de conocimiento. Si me distraigo, un amigo me dice: «¡Eh, que tienes que jugar! Concéntrate un momento». Esto es importantísimo. Es un problema de conocimiento, y el afecto tiene que ver con el conocimiento. Si tu afecto no está implicado, no conoces. El corazón es razón y afecto. Tú puedes estar ante un montón de dinero, diez mil dólares, y te das cuenta de ello, es un bien, es un bien pequeño pero un bien al fin y al cabo: tienes que entrar en el juego. Si en lugar de diez mil dólares, lo que se juega es la felicidad en la vida, entonces la apuesta sube. La pregunta, querido amigo, es esta: si lo que está en juego es la felicidad, ¿cuánto apuestas?

A la fuerza todo, si es la verdadera felicidad.

Medina. ¿Y cómo sabes que es la verdadera felicidad?

Porque lo siento en mí, porque veo sus consecuencias en mí.

Medina. Por eso entiendes ahora que cuando está en juego la felicidad, la razón es importante, la correspondencia es importante. Sin embargo, hay un punto sobre el que quiero hablar. Mi padre, al que quiero mucho, cuenta tres chistes. Desde hace cuarenta y cuatro años escucho los mismos tres chistes que a él todavía le hacen reír. Los cuenta una y otra vez y se ríe como si fuesen nuevos. Uno de ellos, que me gusta mucho, dice así: están dos comunistas juntos y uno le dice al otro: «Oye, si tuvieses una mansión junto al mar, con muchas habitaciones, muchos baños, ¿se la darías al partido?». Y el otro: «Se la daría enseguida, diría: “Aquí está la casa”». «Y si tuvieras un Mercedes, ¿se lo darías al partido?». «Sin duda ninguna entregaría el Mercedes al partido». «Oye,

Pedro, y la moto que tienes, ¿se la darías al partido?». «¡Eh, un momento. ¡La moto es mía!». Este es el problema que tenemos que afrontar: se produce un gran vértigo porque, si quiero la felicidad debo poner todo, debo ponerlo todo de mi parte. Debes poner de tu parte, debes poner todo de tu parte. En tu opinión, ¿por qué tenemos miedo? *Tememos perder algo.*

Medina. Perder algo. Recordaba Julián en el saludo: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si luego se pierde a sí mismo?»²¹. Este es el desafío, el desafío se produce a este nivel. Porque tú, ante la felicidad de la vida, ¿pondrías todo, todo el dinero, todo lo que puedas imaginar, para obtenerla? Este es el problema. En el evangelio se dice que cuando uno ha encontrado la perla en un campo, vende todo lo que tiene para comprar ese campo.

En un momento dado, cuando has encontrado la cosa más valiosa del mundo, vendes todo lo demás para poder hacerte con ella. Este es el punto en el que todo entra en juego. El evangelio está lleno de desafíos de este tipo. El Señor le dice al joven rico: «Vende todo y vente conmigo». «¡No, la moto es mía!». Te planteo de nuevo la pregunta: me has dicho que, en tu opinión, el problema es de pereza. ¿Es así?

Ahora que me has ayudado a razonar mejor, puedo decir que el problema es si estoy dispuesto o no a jugarme todo en esto.

Medina. Entonces debes volver sobre esto, porque puede ser un problema de conocimiento, puede ser que seas perezoso (aunque la pereza no es el mayor problema que tenemos habitualmente), o puede ser un desafío para adherirte. ¿Cómo lo resuelves, entonces?

Tengo que intentarlo. Para ver si verdaderamente es lo que buscaba, tengo ante todo que seguirlo y hacer experiencia de ello, y ponerme en juego por completo.

Medina. En este sentido, el compromiso es necesario. “Compromiso” es una palabra más bonita que “apuesta”. Si quieres verificar, debes estar presente. Pero yo añado algo. Volvamos al póker. ¿Cuándo tienes más posibilidad de distraerte, cuando hay cinco euros o cuando hay diez mil? Cuando hay cinco estás tranquilo, ¿no? Cuando hay diez mil estás más atento. Mi compromiso, naturalmente, es despertado por un bien. Si el bien es pequeño, entonces me comprometo poco, pero si reconozco que el bien es grande, entonces me lanzo. Cuando reconocemos el bien ante nosotros como algo grande, este algo, este acontecimiento, este hecho atrae todo mi ser, despierta un atractivo. Por eso no es que tenga que hacer algo, sino que tengo que adherirme de verdad. Cuando reconozco algo grande en la vida, algo importante, que reclama todo – porque si quieres algo debes poner todo de tu parte –, entonces yo me veo aferrado, atraído por esa cosa. En nuestra vida somos reclamados de mil formas, pero lo más importante, lo más bonito es cuando somos reclamados a reconocer la belleza que nos ha tocado. La moral, el actuar moralmente, nace de reconocer algo bonito que tengo ante mí. Por eso ayer por la tarde decía que el problema es la memoria, es reconocer a Cristo presente.

Mi pregunta es a propósito de la duda, porque a mí también me ocurre que paso momentos preciosos, días estupendos en los que todo es más verdadero, más humano,

porque las ganas que tengo de hacer las cosas, incluso de vivir, se expanden hasta lo inverosímil. Luego hay horas de oscuridad, he pasado incluso alguna noche sin dormir, y me sucede que experimento angustia, porque la persona que me ha hecho ver esta forma más bonita de vivir se ha ido, ha dejado esta compañía. Esto me ha hecho poner en duda todo y me ha hecho preguntarme: él, que es el amigo que me ha invitado, ¿cómo puede irse de este modo? En cualquier caso, como siempre, vuelvo a casa satisfecho y feliz después de vivir alguna experiencia de GS. Entonces mi pregunta es: ¿y sí, además de él, otros se marchasen? Una vez que llega el terremoto, este es mi miedo: quedarme solo. Permanecer solo en el sentido de que las personas más queridas, como este amigo mío, ya no estén en la misma compañía que yo; ya ha sucedido y sigue sucediendo, todos los días hay alguien que se va.

Medina. ¿Cómo te explicas esto? Yo trato de responderte y luego, si no respondo, paciencia. Ayer, en la segunda estación del Vía Crucis, me vino este pensamiento. En el evangelio hay un punto en el que Jesús manda a los discípulos de dos en dos a predicar, y ellos vuelven contentos porque incluso han hecho milagros, es decir, ha sido una experiencia preciosa, están eufóricos. Van a Jesús y le cuentan todas estas cosas. Yo pensé: ¡Judas estaba ahí! Judas fue con otro a hablar de estas cosas. Judas estaba con ellos. Entonces, si él estaba – volvamos a la primera pregunta de la asamblea – él vio a Jesús, comprendió. En tu opinión, ¿dónde está la fractura?

Vio a Jesús, le reconoció y le traicionó.

Medina. Ver, comprender y reconocer. Y traicionar. Justamente lo contrario. Hay un cambio de dirección. ¿Dónde está el dilema?

Se ve que no era eso lo que le importaba. No sé.

Medina. No, le importaba verdaderamente, y mucho. Lo había dejado todo, como los demás, y se había ido con Él. Jesús les decía: «Id sin mí», y te da un escalofrío. Yo creo que Judas, en un momento dado, introdujo una interpretación.

Dijo: «Ya no le necesito».

Medina. No, no dijo: «No tengo necesidad», sino que, en lugar de mirar a Jesús, empezó a interpretar a Jesús. La diferencia entre mirar y escuchar a uno, escucharme incluso a mí, y empezar a interpretar, es casi inapreciable. ¿Cuál crees tú que es la diferencia?

Que cuando lo interpretas lo haces según un modo tuyo, te haces una idea propia, es decir, dejas de mirarlo por lo que es, y lo miras por lo que piensas que es.

Medina. Me gusta esto que dices, en el sentido de que cuando yo miro estoy comprometido en conocer algo que reconozco como un bien, y por tanto estoy lleno de curiosidad, y mi pregunta se dirige hacia esa cosa, pido a la cosa que se deje entender, me implico para comprender, lo intento, estoy en ello. Si lo piensas, incluso mi movimiento físico es hacia esa cosa, esa persona, me adhiero. Pero la interpretación – espero usar bien esta palabra – es: doy un paso atrás y ahora te explico. ¿Sabes cuál es la diferencia que hay entre uno al que le gusta el fútbol y va al campo y uno que hace de comentarista después del partido? ¿Cómo es posible que nunca se pongan de acuerdo, nunca? Mirando la misma cosa, ¿cómo es posible que nunca estén de acuerdo? Yo voy al partido para una sola cosa: ver ganar a mi equipo. Estoy comprometido dentro de esa

situación, pero el que hace la interpretación se sienta detrás y dice: «Ahora te explico lo que ha sucedido». Se sitúa fuera del evento. En un momento dado, nosotros, al igual que Judas, tenemos la tentación – que es distinta que el miedo – de dar un paso atrás e interpretar. Ya no estamos verdaderamente interesados en lo que está sucediendo, estamos interesados en poner en orden las cosas nosotros. Ya no es la realidad la que me hace ver el orden, ya no estoy verdaderamente interesado en la realidad, sino que te doy la explicación, pongo orden por ti. En un momento dado, uno deja de mirar a Cristo por lo que es y empieza a mirar a Cristo, a la compañía o la amistad por lo que él piensa que tiene que ser. Sucede en todo, también en la relación con el amigo, o con la novia, si la tienes, dejas de mirarla por lo que es y empiezas a mirarla por lo que tú interpretas que es. Es tremendo, porque el momento en el que dejas de mirar a una persona por lo que es y la miras por lo que tú dices que es, la consecuencia natural de este modo de mirar es la violencia; de hecho, si yo tengo una interpretación y algo en la realidad contradice mi idea, entonces me enfado. Judas, en un determinado momento, se enfada con Jesús porque “tira” el dinero del perfume valioso, pero el problema de Judas no era el dinero, el problema es que había entrado dentro de él esta interpretación: ya no miraba a Jesús, sino su idea de Jesús. En un momento dado Jesús hizo algo que no entraba en la idea que Judas se había hecho de Él. ¿Y qué le dice Judas? «Mira, podemos hacer cosas buenas con este dinero, podemos dárselo a los pobres, podemos hacer algo».

La segunda cosa que quería decirte es esta: os he dicho que el protagonista de la historia (la frase es de don Giussani, como muchas de las cosas que he dicho) es el mendigo, es Cristo, que mendiga el corazón del hombre y el corazón del hombre, mendigo de Cristo. Cristo que mendiga al hombre: este es el misterio de la libertad, que es sin comparación lo más grande que tenemos, lo que nos hace semejantes a Dios. Libertad no como elección, sino libertad como adhesión; mi libertad se mueve hacia algo y se adhiere a ello. No es una decisión que has tomado tú: ¡estás hecho así! Recuerdo que, hace muchos años, mi profesor de religión me decía: «La diferencia entre los ángeles y los hombres es que los ángeles deciden una sola vez y ya está, y los hombres deben decidir siempre. Por eso los ángeles tienen envidia de los hombres», están envidiosos porque viven este aspecto divino de adherirse siempre. Qué precioso, qué ternura, qué valor: Aquel que nos ha creado nos ha dado esta libertad. Y precisamente la necesitamos para eso. Nunca es una cuestión de “si hubiese sido verdad” o no, sino de que en un momento dado de la vida nosotros ponemos de nuestra cosecha: interpretamos el hecho, dejamos de mirar. Entonces necesitamos ser sostenidos, porque nadie puede sustituir tu libertad, nadie puede sustituirte, al igual que tú no puedes sustituir a tu amigo.

Me ha impresionado cuando decías que desear es pedir y que por tanto, si sentimos esta nostalgia, debemos pedir que suceda lo que deseamos. Me surge esta pregunta: yo pido, pido, pero me parece que no llegan demasiadas respuestas. ¿Por qué me pasa esto?

Medina. ¿Qué es lo que pides?

Pido prácticamente todo: tener un juicio distinto hacia la escuela, hacia los libros y el estudio, poder mirar de forma distinta mis límites, a los amigos, la novia, la familia, a las personas.

Medina. ¿Y nada? ¿Cero?

Hay algunas pequeñas señales de respuesta, pero...

Medina. ¡Pero entonces tu pregunta ya no es interesante! Tú dices «nunca».

La verdad es que poco.

Medina. Tú pides mucho pero llega poco.

Llega poco. Intuiciones, pero no me bastan.

Medina. ¿Por qué no te bastan?

No lo sé.

Medina. Entonces, ¿qué pides?

Poder tener una mirada distinta hacia las otras personas, hacia el estudio, los profesores, hacia todo, no mirar sólo lo que yo pienso, sino tener una mirada distinta, un juicio distinto.

Medina. ¿Y por qué pides esto?

Porque me ahogo un poco cuando miro las cosas como quiero yo.

Medina. En tu vida, ¿has conocido alguna vez a alguien que te interese por cómo vive la vida?

Sí. A ti.

Medina. ¿Sólo a mí?

No, también a mis padres, a algunas personas grandes que conozco.

Medina. ¿Tienes envidia de alguien? Envidia sana, claro.

Como tú tienes esta seguridad al decir ciertas cosas, al decir las cosas que he apuntado, a veces me digo: sí, pero para mí no es así, y entonces pido.

Medina. Para ti no es así. ¿Qué quieres decir?

Que tienes certezas bien fundadas, o que a lo mejor dejas de lado tus límites y vas por el camino por el que tienes que ir. En cambio yo, tal vez miro más mis límites algunas veces. Entonces trato de dejarlos a un lado y pido a Cristo poder ser distinto.

Medina. ¿Por qué a Cristo?

Porque he recibido esta educación: cuando necesito algo de forma imperiosa lo pido.

Medina. Es bonito. Pero tú tienes envidia de mí. Entonces, ¿a quién debes pedir?

También a ti.

Medina. Con sencillez, en el sentido de que la petición no es algo que tú creas. Perdóname si hago tal vez una corrección equivocada, pero al escucharte hablar es como si tu petición partiese de un vacío, de una tristeza («no me gusta mi vida»), de una insatisfacción, pero de una insatisfacción que parte del hecho de que la vida es un poco fea. Entonces es una petición un poco desesperada, porque no parte de un acontecimiento. Lo que me ha impresionado mucho de las dos contribuciones que leímos ayer es que parten de una envidia: «Quiero ser como tú». Me interesaban porque me recordaban cómo se habían movido los discípulos hacia Jesús: «¿Qué dices tú? ¿Dónde vives?» y las preguntas que le hacían a Él: «¿Hay que pagar los impuestos o no?». Le preguntaban porque tenían envidia de Él, querían comprender cómo vivía Él la

vida, querían identificarse (palabra preciosa) con Él; tenían el deseo de ser como Él, identificados, porque querían comprender cómo vivía Él la vida. Por eso la petición nace de este impacto, de este “algo”, de este bien que descubres y que quieres, y te implicas, quieres aferrarlo, quieres formar parte de él. Y si esto te importa verdaderamente, entonces la pregunta es todavía más potente, está más en juego, y entonces pides. Pero toda esta dinámica no parte de un vacío, y ciertamente no parte de algo que yo he construido en mi cabeza.

Estoy seguro de que incluso podría vivir mejor la vida en muchos aspectos, pero lo que me interesa es algo tan bonito y atractivo que me mueve hacia ello.

Puedo ofrecerte mi experiencia: viviendo así, nunca he percibido un momento en el que esta pregunta, esta petición mía, que es expresión de mi ser, no haya sido respondida, más aún, ha sido justo lo contrario, se me ha respondido cien veces más de lo que yo podía imaginar. Yo diría: comprendamos en primer lugar, seamos conscientes de qué es la petición. La petición es mi “yo” en acción, verdaderamente mi “yo” en acción. Si yo soy deseo, si yo quiero el bien, la felicidad, y soy consciente de que no lo consigo alcanzar, que no me lo doy a mí mismo, entonces cuanto más consciente sea de esto que me hace ser yo mismo, de que quiero la felicidad y de que sé que no me la puedo dar a mí mismo, más natural será que surja la petición, pero no en el sentido de que yo la provoco o la pienso, sino en el sentido de que es mi “yo” en acción, es decir, que desear es pedir.

Yo prestaría atención a una sola cosa, Giovanni. Hay en nosotros preguntas que son importantes: cómo amar a las personas, cómo estudiar mejor, pero a veces estas preguntas no nos tocan, ya no nos importan tanto, en el sentido de que, si nos importasen verdaderamente, nos iríamos tras ellas. Con respecto a las que te interesan menos, yo te diría: no lo pienses demasiado, con sencillez. Hemos hablado de muchas cosas, y estos dos días han sido para mí algo precioso, pero me importan las cosas que me han conmovido. Hay otras que a lo mejor no comprendo, tal vez me gustaría leer algo: esas me importan hasta cierto punto. Pero las que me importan de verdad las sigo.

Te pongo un ejemplo. En enero quedamos unos cuantos adultos para preparar el Triduo por videoconferencia. Hablamos una hora más o menos sobre nuestra experiencia y, en un momento dado, uno hizo un comentario sobre la ternura que experimenta... y me lo escribió: «Esta ternura es algo precioso, pero me produce fastidio, y a veces tengo un impulso de posesión». Esta expresión, que al principio no entendía, me deslumbró. En los últimos tres meses, mi pregunta, mi vida, mi deseo ha brotado de aquí, hasta tal punto que puedo decirte que el Triduo es la expresión de mi pregunta, de mi experiencia sobre este punto que nació ahí, es decir, comprender por qué traicionamos, por qué no conseguimos estar presentes. Desde hace tres meses tengo esta pregunta sobre la relación entre razón y afecto. Recorro los pasillos de la escuela y tengo esta urgencia dentro de mí, que expresa toda mi persona. La pregunta es expresión de mi ser, soy yo en acto.

Tengo este problema: ante las cosas me veo siempre gritando, porque nada me basta. La cuestión es que no he comprendido bien la diferencia entre este grito que siento

dentro de mí y la pregunta de la que hablas. He comprendido que la diferencia está en que cuando uno pregunta o pide, sabe a quién dirigirse. En cambio, cuando grito, grito y basta. Mi pregunta es: ¿dónde está el paso? ¿Cómo se hace para llegar...?

Medina. Pero, ¿qué expresa tu grito?

Delante de las cosas siento que nada me basta; necesito comprender el sentido profundo, es decir, dónde está la verdad de todo lo que vivo.

Medina. Tu grito desesperado parte de un vacío, pero, ¿tienes envidia de alguien?

De Gianni.

Medina. ¿Y por qué tienes envidia de Gianni?

Más allá de las respuestas que da, me da envidia cómo es. Veo que siempre va a la escuela contento. Hay algo que me fascina, en cambio, enseguida me pregunto: pero, ¿de verdad es así? Como decías antes, uno tiende luego a interpretar. Veo que él vive así, pero luego digo: yo necesito esta respuesta clara y no me llega.

Medina. Estate atenta, porque ya está, existe. Tienes envidia de alguien, de cómo vive porque está contento, ¿no? Entonces tú, que quieres estar contenta, tienes que preguntarle cómo lo hace: «Oye, ¿cómo haces tú? ¿Cómo vives la vida? No es cuestión de frases bonitas, sino que quiero comprender de verdad cómo lo haces». Date cuenta de que la frase «yo soy Tú que me haces», por lo menos en mi experiencia, está a este nivel.

Tú dices: «Jesús, yo soy Tú que me haces». Pero Jesús se ha encarnado, existe la encarnación. “Encarnado” quiere decir que yo quiero llegar a ser tú porque me importa, me interesa el bien que encuentro en ti, quiero vivir como tú, y entonces estoy atento y miro lo que haces. Nuestro amigo decía: «He visto que ellos hacían Escuela de comunidad, y entonces yo también hago Escuela de comunidad». ¿Por qué? «Porque ellos hacen Escuela de comunidad y yo quiero ser como ellos». Entonces la pregunta la tienes, pero la pregunta como expresión de tu ser que quiere, que desea la felicidad, ha encontrado un rostro, hay alguien al que preguntar. Esto está claro. Ahora vamos al “sin embargo”.

Me falta siempre un trozo. Por ejemplo, él tiene mucha fe.

Medina. Este problema también lo tenían los discípulos, ¿lo sabías? Por ello no me parece una objeción. ¿Entonces? Objeta, venga, ¡haz de objetor de conciencia!

Hay algo que en última instancia no consigo comprender, no consigo aferrar y por eso...

Medina. En tu opinión, ¿qué es eso que no consigues aferrar?

No lo sé, si lo supiese sería más fácil.

Medina. Pero, ¿tú crees que Gianni vive algo bonito?

Sí.

Medina. ¿Te gustaría ser como él, vivir como él?

En ciertos aspectos, sí.

Medina. ¿Y cuáles son los aspectos que no querrías?

Lo que decía antes, que a veces está muy contento, ¡demasiado contento!

Medina. ¡Está demasiado contento! La gente demasiado contenta te molesta. ¿Por qué?

No lo sé.

Medina. La duda que tú tienes es una duda que ha nacido hace algún tiempo, y se hace más grande con el tiempo, cala hasta los huesos, y si uno no hace el esfuerzo de ir al fondo, se hace gigante y uno siente cada vez más la distancia. Porque lo has dicho un instante antes de que te interrumpiera: es como si en un momento dado, mirando a Gianni, te hubieras conmovido por él, pero después hubieras empezado a anteponer tu interpretación. Cuanto más entras en el juego de la interpretación, más te distancias y, ante la belleza, siempre te sale decir: «Sí, pero también está esta otra cosa...». Un poco como Judas, ¿sabes? Jesús es estupendo, hace cosas estupendas, pero no sabe gastar bien el dinero. Y nos distanciamos.

Sí. Cuando has puesto antes el ejemplo de la partida me ha surgido enseguida una objeción. Yo tiendo a querer encontrar tal vez una objetividad en la cosa.

Medina. Esta es la objeción más grande que deriva del racionalismo moderno: que la objetividad dependa del hecho de que uno está fuera de la realidad, y esto, en mi opinión, es una gran estupidez. Yo a mi madre la conozco perfectamente, creo que soy el que mejor la conoce de todos nosotros, porque la quiero. No puedes decirme que uno que llega de fuera y estudia a mi madre “objetivamente” la conoce mejor que yo. Es como si tuviésemos miedo – este es el problema – de que el corazón pudiera equivocarse, es decir, que el corazón, mi razón, mi inteligencia, pudieran llevarme a algo que no es verdadero, mientras que estamos hechos para la verdad. Es justamente el corazón, sin educación previa alguna, el que nos lleva a la verdad. De hecho, la inteligencia parte en la vida de la experiencia, es decir, si no haces experiencia de las cosas, en el sentido de estar ante algo que sucede, de sentir el impacto que produce en ti, de aferrarlo, de ponerte en juego, si no llegas a hacer experiencia en este sentido, pierdes la inteligencia, y empiezas a decir cosas, empiezas a dar interpretaciones que no se corresponden con la realidad. Perdemos la inteligencia de la vida porque somos incapaces de reconocer la verdad. ¿Y por qué sucede esto? Porque nos separamos de la realidad, no vivimos la realidad. Hay un texto de Julián Carrón en *Huellas*²² que os recomiendo leer porque es muy bonito. Él dice: tenemos un problema, y es que no vivimos la realidad con una actitud problemática verdadera (es una cita de don Giussani de *Por qué la Iglesia*²³), en el sentido de que «ya sabemos» la respuesta, y por eso no nos interesa demasiado lo que la realidad nos dice, porque ya nos hemos hecho nuestra propia idea. Si no hacemos experiencia, si no vivimos con el corazón, antes o después nos volvemos estúpidos, incapaces de reconocer la verdad. El corazón – lo que Dios te ha dado, la razón y el afecto – no yerra, no se equivoca; si uno es fiel al corazón, no se equivoca. Entonces, para ti, ser fiel al corazón es reconocer algo bonito y verdadero en tu vida y adherirte a ello. Este es el desafío. El desafío consiste en que he reconocido algo bonito y verdadero en mi vida y voy detrás de ello, porque es tan atractivo que no me lo quiero perder. Los “sin embargo”, “pero”, “¿estás seguro?” son objeciones que nos surgen de la cabeza. Cuando compras un billete de lotería, ¿estás segura de ganar?

No.

Medina. En cambio, lo más bello de la vida es que tú, en tu interior, tienes algo capaz de reconocer el bien, que es el corazón, que es despertado por el bien, despertado por algo bonito; es como si yo fuese una máquina de ganar la lotería: están todos los

números ahí, llego y... ¡pam! Aquí está. Esto es el corazón. Tú tienes un corazón. La decisión es si utilizar tu corazón (deseo y afecto, razón y afecto) o usar otra cosa. Si usas el corazón que Dios te ha dado para reconocer la felicidad, vas y... ¡pam! ¡El número! En cambio, tú dices: «Eh, espera un momento, hagamos un análisis. ¿Por qué no ese otro número? Tal vez sea mejor apostar todo a aquel número de ahí». Pero debes fiarte de lo que tienes, del corazón que tienes. Lo demás son elucubraciones, dudas que te asaltan y que no son reales. Porque la duda es el vacío, no alberga realidad, está vacía. Entonces, ¿qué dices?

Que yo no creo que la duda esté vacía. Existen los motivos por los que me entran dudas.

Medina. ¿A qué se deben tus dudas?

Son consecuencia de cosas que veo.

Medina. ¿Te das cuenta de que tus “sin embargo” no tienen mucha sustancia? Tú decides vivir la vida con este “sin embargo”, y dices: «Es verdad, es verdad, sin embargo...».

Alberto Bonfanti. Me ha impresionado mucho que has dicho: la objeción es que está demasiado contento. Me ha sorprendido porque es como si tú, ante el atractivo que tiene, introdujeses esta duda: es imposible, está demasiado contento, y esto no es posible. Y entonces dejas que venza la duda frente al atractivo que sin embargo dices reconocer, que dices ver, frente a la envidia que dices tener. Hasta el punto de que comprendes que este “pero” es débil, pero le otorgas más peso del que tiene realmente. Me parece que es lo que dice Julián: «ojalá fuésemos leales con ese deseo, con ese ímpetu, con ese atractivo» que tú ves; pero luego dices: «Está demasiado contento». Es como si se oscureciese la lealtad ante el atractivo.

Medina. Sin embargo...

Sin embargo es como si me preguntase: ¿cómo puedo estar segura de que lo que él vive es real, de que es verdaderamente lo que sostiene la vida?

Medina. Si quieres saberlo, si quieres verificarlo, tienes que apostar, tienes que implicarte. Debes decidir. Este es el punto de la decisión. Tienes que decidir si quieres apostar por el bien que ves o por otra cosa. La razón por la que te digo que tu duda es débil – al igual que puede ser débil mi duda – es porque... piénsalo: todos los billetes están ahí y mi corazón señala uno, y apuesto todo por ese, lo apuesto todo. Perdona, pero, ¿tu duda por qué apuesta?

No lo sé.

Medina. No apuesta por nadie. Porque la duda paraliza. Yo no me juego la vida irracionalmente, me la juego porque he reconocido un bien y digo: me voy tras él. Pero tú no te juegas la vida porque te paraliza la duda. Pero... ¡qué dura es una vida así! Yo creo que la forma más dura de vivir la vida es vivir sometidos a la duda, porque uno no es capaz de amar a nadie. «Pero, ¿me quieres de verdad? ¿Estás seguro? ¿Seguro que no me vas a traicionar?». No eres capaz de vivir. La duda sólo lleva a la desesperación, a la nada. Y tú, ante todos los billetes de lotería, no consigues apostar por ninguno. «¿Será el 3? No, es el 13. No, ese da mala suerte. El 5. No, no es ese, sino el verde», y no sales de ahí. Te lo pido por favor, yo voy a rezar por ti, pero te lo pido, apuesta por algo – no

quiero convencerte, no pienses que digo esto para convencerte –. Te lo digo como amigo: apuesta por algo que sea verdadero, que sea real, porque la duda no es real. Es posible que te hagas preguntas, pero no apuntan en ninguna dirección. Gracias.

Quería preguntarte cuáles han sido los hechos, los pasos de tu vida por los que, en un momento dado, has reconocido con racionalidad que objetivamente esa excepcionalidad que tú veías era Cristo, porque hablas de Él con objetividad, y me parece que en absoluto es automático reconocer esa objetividad.

Medina. ¿Por qué no?

Porque veo cosas excepcionales que me corresponden, pero los hechos y Cristo son dos cosas distintas.

Medina. ¡Este “pero” es algo impresionante! ¿Por qué dices que no es automático?

No sé ni siquiera quién es este de aquí, no es que yo vea cosas bonitas, me encuentre con Sara, con Daniela, y pueda decir: «Cristo» es la excepcionalidad que hay en la amistad con ellos.

Medina. Pero tú, ¿has experimentado la excepcionalidad?

¿Cómo?

Medina. Excepcionalidad en el sentido de que es algo que te importa, que es ese bien por el que apostarías la vida. ¿Apostarías tu vida por tus amigas?

Sí.

Medina. Pero lo felicidad que sientes, que se identifica justamente con estar con ellas, ¿es algo que es solo suyo o es algo más?

Como no es solo una persona por lo que yo apostaría todo, podría ser algo distinto.

Medina. Podría. Mira Anna, te respondo con mi última experiencia. He remarcado esto porque es algo que me ha impresionado mucho, es la última vez que Cristo me ha tocado verdaderamente de golpe, que me ha abofeteado. Fue hace dos semanas (he hecho referencia a ello en la lección) – había escrito cosas preciosas, que no habéis escuchado –. Llego el viernes por la noche, son las diez y media, y estoy todavía en la escuela trabajando en el Triduo, leo esta contribución y digo: «¡Ostras!». Yo estaba allí elucubrando: «Cómo puedo presentaros la historia de Cristo, tal como la siento yo...», había elegido pasajes del evangelio, todo estaba perfecto; y en ese instante me digo: «¡Pero Cristo es esto!». No dije: «Esta es la historia de Cristo, Cristo está presente hoy y os lo muestro», no, sino: «Esto es Cristo». ¿Por qué sé que es Cristo? Porque la experiencia que he hecho yo es la misma que hicieron los apóstoles, es lo mismo, es un hombre que es cambiado poderosamente, independientemente de las ideas, de los esquemas; es como sucedió con aquel hombre y es como me ha sucedido a mí. Esta ha sido la última vez que me ha resultado evidente que Cristo está, hasta el punto de decir: «Vale, ¡empezamos de nuevo!». Y he vuelto a empezar. Pero no he vuelto a empezar porque lo que había escrito fuese inadecuado, sino que lo hice por un hecho: esto es Cristo, ellos hablan de Cristo, y entonces parto de aquí. Para mí la dificultad estaba en este punto, porque tenía que elegir entre volver a empezar desde ese hecho o bien decir: «Ya no tengo más tiempo, esas contribuciones han llegado fuera de plazo, puedo hacer como si no las hubiese leído». Es la elección entre Cristo y mi criterio. Y el Señor me

ha dado la gracia de elegir lo que era justo. Te cuento otra cosa. En un momento dado tuve en mi vida la intuición de la vocación, pero lo vivía un poco como un peso. Sentía que había algo, y en un momento determinado esta intuición se me hizo más clara, y fui a hablar con un sacerdote amigo mío y le dije: «Mira, tengo la intuición de que tengo vocación al sacerdocio, pero tengo un problema: a mí la vida de los curas no me gusta, viven solos, y además yo quiero ganar dinero. Pero tengo esta intuición». En ese momento decidí por el atractivo, decidí apostar todo por lo que había reconocido como verdadero y bonito en mi vida, no decidí por las objeciones, verdaderas o no, sino por algo que me resultaba bonito, y aposté todo por ello. La vida del sacerdote me parece algo precioso: no me disgusta, no vivo solo, y hasta hace poco tiempo hasta ganaba dinero. Pero se entiende que la cuestión en la vida es que uno decida por el atractivo, no por la objeción, sino por lo que hay.

¿Por qué has elegido este título?

Medina. «Él fue mirado, y entonces vio». Un amigo me dice: «Soy musulmán, he venido al Triduo para comprender algo del cristianismo. He oído hablar de Jesús, de lo que hizo y de lo que le pasó. Entonces me he preguntado: ¿quién soy yo?». Perfecto. Tú eres mirado, y es justamente la mirada que experimentas sobre ti lo que te permite ver cosas que antes no imaginabas. Él ha llegado a comprender un poco más del cristianismo, quizá tenga incluso una pregunta intelectual: veamos qué hacen estos, y ha empezado con esta pregunta: «Pero yo, ¿quién soy?». Es algo conmovedor. No es fruto de una discusión, es un hecho que se hace presente, y es tan bonito que me dice: ¿quién soy yo?

¿Cómo puedo conservar la belleza, todo lo que aprendo aquí, y ponerlo en práctica en mi vida?

Medina. ¡Venga, hace dos horas que hablamos de esto!

No te estoy diciendo: “dame tu camino”, te estoy preguntando cuál es el primer paso, porque no lo sé.

Medina. Pero estamos hablando de esto desde hace dos horas. Es necesario comenzar a partir de un atractivo que se impone. Te hago la misma pregunta que he hecho antes: ¿tienes envidia de alguien?

Sí, siempre de Gianni.

Medina. Amigos, si no partís de algo que está presente, que es atractivo, perdéis el tiempo. La lotería está ahí; el billete es ese de ahí, lo quiero. Utiliza tu corazón, sigue... me preguntas el primer paso: parte del atractivo que se ha hecho presente, de la belleza y la verdad que has visto, que has entrevisto y que corresponde a tu corazón.

No consigo concretar esto. ¿Cómo puede hacer...?

Medina. Pégate a Gianni. Presta atención a cómo hace las cosas. «Oye, parece que estás contento, ¿por qué? Cuando te levantas por las mañanas, ¿qué haces? ¿Qué haces para estar tan contento?». La pregunta debes dirigírsela a él.

Os pido por favor que las cosas que nos hemos dicho las guardéis en el corazón, en el sentido de que no debemos perder el tiempo.

Notas

-
- ¹ San Gregorio Nacianceno, «Carmina» II/I, carme LXXIV, vv. 4-12, en *Patrologia Graeca*, XXXVII, París 1862, col. 1421-1422.
- ² Cf. «Desciende, Santo Espíritu», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 148.
- ³ A. Camus, *Calígula*, acto I, escena IV.
- ⁴ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 7.
- ⁵ Cf. *Sb* 1,13-16.
- ⁶ Cf. L. Giussani, *Che cos'è l'uomo perché te ne curi?*, San Paolo, 2000, p. 43.
- ⁷ San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 37, 14.
- ⁸ *Sal* 70,2.
- ⁹ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, Bur, Milano 2011, p. 526.
- ¹⁰ San Gregorio Nacianceno, «Carmina» II/I, carme LXXIV, vv. 4-12, en op. cit.
- ¹¹ L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1998, p. 14.
- ¹² Cf. *Jn* 3,4.
- ¹³ P. Lagerkvist, *Barrabás*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 6-7.
- ¹⁴ *Ibidem*, pp. 28-29.
- ¹⁵ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 186-187.189.
- ¹⁶ Cf. *Jn* 21,15-17.
- ¹⁷ Cf. *1 Cor* 10,31; *Rm* 14,7-8.
- ¹⁸ L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 243.
- ¹⁹ J. Carrón, Saludo al término del Triduo pascual de GS. Rímini, 30 marzo 2013.
- ²⁰ Cf. *Lc* 9,33.
- ²¹ *Mt* 16,26; *Mc* 9,36.
- ²² J. Carrón, «Ubi fides, ibi libertas», *Huellas-Litterae Communionis* n. 4 (2013), p. II.
- ²³ «Nuestra actitud como hombres modernos ante el hecho religioso carece de problematicidad, no es de ordinario una verdadera actitud problemática» (*Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 49).